

[DE VIRGINIBUS.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS SIGUIENTES, DONDE TAMBIÉN SE DISCUTE SOBRE EL ORIGEN DE LAS VÍRGENES SAGRADAS.

El instituto de la virginidad, establecido en las mismas palabras de Cristo Señor y en los consejos del Doctor de las naciones, siempre ha sido de gran valor en la Iglesia; no nos detendremos en refutar a aquellos herejes que, contra la clara autoridad de la Escritura y la tradición universal, han preferido el celibato al matrimonio o han proscrito los votos de continencia como temerarios, impíos e ilícitos. Pero dado que entre los católicos algunos afirman que desde los mismos albores de la Iglesia existieron vírgenes que pronunciaban votos solemnes de continencia y también abrazaban la vida común en monasterios; otros, sin embargo, conceden que solo hicieron votos privados y vivieron en compañía secular de muchas o individualmente en las casas paternas; y otros finalmente reconocen en ellas un simple propósito que testificaban con el velo y la modestia de sus vestiduras, atribuyendo a nuestro Ambrosio la primera institución de los conventos; hemos considerado que no sería ingrato hablar un poco más extensamente sobre el mismo argumento.

La primera opinión ha sido adoptada por muchos, quienes al intentar defenderla con disertaciones y voluminosos escritos, han reunido testimonios de Padres y de algunos concilios, así como Actas de muchos mártires. Sin embargo, parece que esta misma opinión enfrenta grandes dificultades. Las leyes romanas prohibían y castigaban severamente el celibato; los idólatras no permitían de ninguna manera las reuniones, ni siquiera las más pequeñas, de cristianos; quienes, además, por su impotente lujuria, se ensañaban especialmente con las vírgenes. No obstante, estas barreras de dificultades podrían ser removidas por la autoridad de lo que se lee en las Actas de muchos mártires, si no fuera por la fuerte sospecha, por no decir casi manifiestos indicios, de corrupción. En cuanto a los pasajes de los Padres o Concilios citados, otros los interpretan fácilmente de manera que los traducen a sus propias partes.

Por lo tanto, con gusto reconocemos con Inocencio I dos tipos de vírgenes sagradas; a saber, unas que se casaron especialmente con Cristo y merecieron ser veladas por un sacerdote; y otras que, aunque aún no cubiertas con el velo sagrado, prometieron permanecer siempre en el propósito virginal (Epist. ad Victric. Rotomag.). Pero sostenemos que ambas estaban atadas por un voto perpetuo de virginidad. Y ciertamente vemos que para los Padres, especialmente para Agustín, es común usar las palabras propósito y voto con el mismo significado. Ni el voto entre los escolásticos suena de otra manera que como un propósito afirmado con la palabra. Lo cual ciertamente hacían aquellas vírgenes sagradas, cuando lo manifestaban abiertamente con el cambio de vestiduras y la ocupación de un lugar separado en la Iglesia.

Si objetan el pasaje de Cipriano, donde ordena: "Las que no quieren o no pueden perseverar, es mejor que se casen, que caer en el fuego por sus delitos" (Epist. ad Pompon.); se responde que esto fue establecido por la caída de algunas vírgenes, que causaban ofensa a la Iglesia aún atormentada por la crueldad de los tiranos. Por lo tanto, aunque condenaba en gran medida tales matrimonios, los consideró más bien como males menores que debían tolerarse para evitar mayores, que como aprobados. Incluso el santo Epifanio (Haeres. 61) y después de él Agustín (Lib. de Bono Viduit. cap. 10 y 11), cuyos tiempos no niegan los adversarios que los votos de aquellas vírgenes eran habituales, prohíben disolver el matrimonio contraído después de los votos por los maridos, quienes si hubieran tomado otras esposas, se habrían obligado a un mayor crimen. Los mismos afirman que es un gran crimen de ellas y digno de

penas eclesiásticas. ¿Cuál fue, rogamos, la otra intención de Cipriano? ¿Acaso no dice que aquellas vírgenes corrompidas y contaminadas habían decidido firmemente contenerse y se habían dedicado a Cristo; y cómo puede negarse que haya un voto en esto? Y de aquí es ciertamente que el mismo Padre con Agustín asevera (Enarrat. in psal. LXXXIII y LXXV) que aquellas mujeres están sujetas al adulterio, ya que habían roto la fe dada a Cristo Señor.

Permanezca, por lo tanto, que el modo de vida de las vírgenes y de los continentes no es inferior en edad a la misma religión cristiana: desde los tiempos apostólicos han existido jóvenes que consagraban su virginidad a Dios ya sea por voto o por firme promesa de perpetua continencia: finalmente, estos votos solían declararse ante obispos, presbíteros, padres o finalmente ante todos los cristianos por aquellos signos externos que ya hemos mencionado. En los tiempos de la Iglesia devastada por las más difíciles y bajo la más amarga tiranía, las mismas vírgenes vivían en secreto en las casas paternas. Pero después de que por la ayuda de la divina benignidad comenzó a concederse tranquilidad a los fieles, aquellas mismas esposas del Hombre de Dios comenzaron a instituir monasterios en Oriente; de donde Atanasio, obligado a huir a Roma por la persecución de los arrianos, proporcionó la causa para que se establecieran algunos allí. Allí, ciertamente, este modo de vida al principio tuvo menos fuerza entre los nobles (Hieron. de laudib. Marcellae): pero cuando algunas matronas ilustres lo abrazaron, se propagó gradualmente a otras religiones por el celo de cada uno de los más grandes prelados.

En ayudar a tan santo y útil instituto, el gran Ambrosio no se mostró inferior a nadie; pues no solo lo fomentó y aumentó con todas sus fuerzas en su propia diócesis, sino que también lo amplificó por las provincias vecinas y hasta más allá de los mares, en África y Mauritania. De donde se reconoce que al santo Prelado, si no se le debe la alabanza de ser el primer padre de las monjas en Italia, no se le puede negar sin injusticia la próxima, como patrono y propagador. Para que aparezca más claramente cómo se extendió la profesión de la virginidad, abordemos el análisis de los libros que aquí publicamos.

Como no tenía nada más importante el santo varón que instruir al pueblo a él confiado con doctrina saludable, consideró que haría algo valioso al inicio de su episcopado si, demostrada la santidad de la virginidad, encendiera a las jóvenes cristianas a profesarla con su esfuerzo. Por lo tanto, tuvo sermones sobre este argumento con tanta elocuencia y vehemencia que atravesaron los mares. Despertada por el rumor de estos, su bendita hermana Marcelina, le felicitó por carta por tan feliz y próspero éxito: y le suplicó que, ya que no podía escucharlo en persona cuando lo pronunciaba en voz viva, al menos lo transmitiera por escrito. Por lo cual, para obedecer tan justa petición, decidió organizar sus discursos en los tres libros que aún tenemos.

En el primer libro, examina la dignidad de la virginidad, y después de demostrar su singular humildad al inicio, revela qué lo impulsó a escribir. Luego, con una alabanza previa a la bienaventurada Inés, cuyo natalicio coincidía con ese día, afirma que la virginidad descendió a nosotros del Padre Dios junto con el Verbo. De ahí concluye que ninguna virtud de esa clase existió entre los gentiles, y entre los hebreos solo fue esbozada: aunque no se ordena de ninguna manera, sin embargo, demuestra claramente que es mucho más excelente que el matrimonio, comparando ambos entre sí. Aprovechando la ocasión, amonesta cariñosamente a los padres y especialmente a las viudas por prohibir a sus hijas que escucharan siquiera su predicación sobre este tema. Para que quede más claro cuánto pecan en esto, les pone como ejemplo a las jóvenes de Plasencia y Bolonia, e incluso de regiones más allá del mar, que venían a Milán para casarse con Cristo. Finalmente, después de narrar la hermosa hazaña de

una virgen que no pudo ser arrancada del altar antes de profesar la continencia, el libro se cierra.

En el segundo libro, al emprender la tarea de instruir las costumbres de las vírgenes, niega que pueda hacerlo mejor que con ejemplos, de los cuales toma el primero y principal de la Madre de Dios, la líder de todas las vírgenes. Describe brevemente, pero con gran ornato y elocuencia, sus virtudes. A esto añade a Tecla, discípula de Pablo y patrona de la Iglesia de Milán, a quien aquellas intentan imitar como un ejemplo absoluto. Pero para que esos ejemplos no causen más de lo que pueden soportar, les presenta un tercero y más reciente en la memoria. Esta era una virgen cristiana que, al exponerse voluntariamente al martirio, fue condenada por el tirano a un burdel; de donde, con la ayuda de un soldado cristiano, escapó divinamente, y finalmente con él obtuvo la palma del martirio. Luego, el santo Prelado, reflexionando sobre la idolatría, en la muy alabada historia de Damon y Pythias, sostiene que no se puede observar nada que con justicia pueda compararse con la constancia de esa generosa virgen. Finalmente, después de excusar el arte y la elocuencia quizás un poco excesiva que había empleado en su discurso, afirma que lo hizo con el propósito de atraer las almas a Dios con mayor fuerza y dulzura.

Comienza el tercer libro con la exhortación que el pontífice máximo Liberio dirigió a Marcelina cuando, en la Basílica de los Apóstoles en Roma, en la misma fiesta del nacimiento del Señor, con una innumerable multitud de fieles presentes, fue velada. Ella había conversado con su hermano varias veces sobre este mismo discurso, por lo que le envió íntegro en este lugar que parecía el más oportuno, expresado con sus propias palabras, no con las del Autor. Tal era el fervor de ánimo en esta virgen, que no se contenía dentro de los límites de las instrucciones de Liberio. Por lo tanto, el hermano, tan amoroso como prudente, le aconseja que, dejando a un lado por un tiempo los ayunos, se dedique más intensamente a la oración y al estudio interno de las demás virtudes. Y como no quería que esto solo beneficiara a su hermana, sino también a la instrucción de otras vírgenes, prescribe lo que deben seguir y evitar: y principalmente las disuade del uso de banquetes y danzas. Finalmente, después de haber satisfecho a Marcelina, quien le había preguntado sobre aquellas vírgenes que se habían quitado la vida voluntariamente, narra el martirio de Soteris, unida a él por vínculo de parentesco, y finalmente pone fin al libro. Pues todo lo que se lee después en las ediciones, ya que en todos los manuscritos constituye un tratado distinto, se ha considerado que debe ser rechazado después del libro sobre las Viudas.

Estos libros, compuestos por él en el tercer año de su episcopado, es decir, en el año 377 de la salvación restaurada, él mismo lo atestigua (Lib. II, cap. 7): sin embargo, es necesario que los sermones de los que dijimos que constan, hayan sido pronunciados algún tiempo antes; ya que su fama había recorrido lugares separados por tan vastas extensiones de mar. En lo cual ciertamente no podemos dejar de admirar que un hombre apenas apartado de la administración de la provincia y de los tribunales seculares, se haya mostrado tan exquisitamente instruido en las sagradas letras y en la elocuencia cristiana, que escribiera libros que merecen ser alabados por Jerónimo (Epist. ad Eustoch., et Apolog. advers. Jovinian.), Agustín (Lib. IV de Doctr. Christ. cap. 21), y todos aquellos que florecieron en la Iglesia en los siglos siguientes.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LAS VÍRGENES A SU HERMANA MARCELINA, TRES LIBROS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Ambrosio, entendiendo que debe rendir cuentas a Dios por cada palabra y talento, se dispone a escribir; luego, tras enumerar algunos ejemplos de la divina misericordia, se anima a tener buenas esperanzas: pero pronto, confesando que es incapaz de esa tarea, desea que se actúe con él como con la higuera evangélica; sin embargo, testimonia que espera que no le falten palabras para hablar de Cristo.

1. Si, según la sentencia celestial de la verdad (Mat. XII, 36), debemos rendir cuentas de toda palabra ociosa que hayamos pronunciado: o si cada siervo esconde bajo tierra los talentos de gracia espiritual que le fueron confiados, que debían ser distribuidos a los banqueros para que se multiplicaran con intereses crecientes, como un usurero temeroso o un poseedor avaro (Mat. XXV, 14 y ss.), no caerá en una ofensa menor cuando regrese el señor; con razón debemos temer, nosotros a quienes, aunque de ingenio tenue, se nos ha confiado la gran necesidad de prestar las palabras de Dios a las mentes del pueblo, no sea que se nos exija también el interés de nuestra voz: especialmente cuando el Señor requiere de nosotros esfuerzo, no progreso. Por lo cual, la decisión fue escribir algo. Pues ciertamente el peligro de vergüenza es mayor cuando se escucha nuestra voz que cuando se lee; el libro no se sonroja.

2. Y aunque desconfiado de mi ingenio, pero animado por los ejemplos de la divina misericordia, me atrevo a meditar el discurso; pues, queriendo Dios, incluso una asna habló (Num. XXII, 28). Si un ángel asiste a mí, aún bajo las cargas de este siglo, también yo abriré mi boca muda; pues puede desatar los impedimentos de la impericia, quien en aquella asna desató los de la naturaleza. En el arca del Antiguo Testamento floreció la vara del sacerdote (Num. XVII, 8): es fácil para Dios que en la santa Iglesia también de nuestros nudos germine una flor. ¿Por qué desesperar de que el Señor hable en los hombres, quien habló en las zarzas (Éxod. III, 4 y ss.)? Dios no despreció el arbusto. Y ojalá iluminara también mis espinas. Habrá quienes incluso en nuestras zarzas admiren algún resplandor luminoso, habrá quienes no se queman con nuestra espina; habrá quienes, al escuchar nuestra voz desde el arbusto, se descalcen, para que el paso de la mente se despoje de los impedimentos corporales.

3. Pero estos son los méritos de los santos varones. Ojalá Jesús me mirara también a mí, aún yacente bajo aquella higuera infructuosa (Juan I, 48). También mi higuera daría frutos después de tres años (Luc. XIII, 6 y ss.). Pero, ¿de dónde tanta esperanza para los pecadores? Ojalá al menos aquel cultivador evangélico de la viña del Señor, tal vez ya ordenado a cortar nuestra higuera, la deje también este año, hasta que cave y ponga un cesto de estiércol; no sea que de la tierra levante al pobre, y del estiércol alce al necesitado. Bienaventurados los que atan sus caballos bajo la vid y el olivo (Gen. XLIX, 11), consagrando el curso de sus trabajos a la luz y la alegría: a mí aún me da sombra la higuera, es decir, la pruriginosa atracción de las delicias del mundo, humilde en altura, frágil para el trabajo, blanda para el uso, estéril para el fruto.

4. Y tal vez alguien se maraville de por qué me atrevo a escribir, quien no puedo hablar. Y sin embargo, si recordamos lo que leemos en las Escrituras Evangélicas (Luc. I, 63, 64) y en los hechos sacerdotales, y el santo profeta Zacarías nos sirve de ejemplo, encontraremos que hay cosas que la voz no explica, pero el estilo señala. Si el nombre de Juan devolvió la voz al padre, yo tampoco debo desesperar de recibir voz aunque mudo, si hablo de Cristo: cuya generación, según el dicho profético, ¿quién la narrará (Isa. LIII, 8)? Y por eso, como siervo, predicaré la familia del Señor; pues el Señor inmaculado consagró para sí una familia inmaculada incluso en este cuerpo lleno de las coluviones de la fragilidad humana.

CAPÍTULO II.

Demuestra que el libro se inicia auspiciosamente, ya que es el día del natalicio de una virgen, a saber, la bienaventurada Inés: a quien elogia elegantemente por su nombre, su pudor, su martirio; pero sobre todo por su edad; pues, nacida a los doce años, venció con viril constancia los terrores, las promesas, los tormentos y la misma muerte.

5. Y bien procede, ya que hoy es el natalicio de una virgen, hablar de vírgenes, y que el libro tome su inicio de la predicación. Es el natalicio de una virgen, sigamos la integridad. Es el natalicio de una mártir, ofrezcamos sacrificios. Es el natalicio de la santa Inés, que los hombres se asombren, que los pequeños no desesperen; que las casadas se asombren, que las solteras imiten. Pero, ¿qué digno podemos decir de ella, cuyo nombre ni siquiera fue vacío de luz de alabanza? Devoción más allá de la edad, virtud más allá de la naturaleza; de modo que me parece que no tenía el nombre de un ser humano, sino el oráculo de una mártir, que indicaba lo que sería en el futuro.

6. Sin embargo, tengo de dónde obtener ayuda. El nombre de la virgen es un título de pudor. Llamaré mártir, predicaré virgen. Es una alabanza suficientemente extensa, que no se busca, sino que se sostiene. Que se aparten, pues, los ingenios, que la elocuencia calle, una sola voz es el pregón. Que los ancianos, los jóvenes, los niños canten esto. Nadie es más digno de alabanza que quien puede ser alabado por los hombres. Cuantos hombres, tantos pregoneros, que predicán a la mártir mientras hablan.

7. Se dice que esta hizo su martirio a los doce años. Cuanto más detestable la crueldad que no perdonó ni a una edad tan pequeña: más bien, gran fuerza de fe, que incluso en esa edad encontró testimonio. ¿Había lugar en ese pequeño cuerpo para una herida? Y quien no tenía dónde recibir el hierro, tuvo dónde vencerlo. Pero las niñas de esa edad no pueden soportar ni siquiera las miradas severas de sus padres, y suelen llorar las puntadas de una aguja como si fueran heridas. Esta, entre las manos sangrientas de los verdugos, impávida, inmóvil ante los pesados tirones de las cadenas chirriantes, ahora ofrecía todo su cuerpo al filo del soldado furioso, aún sin saber morir, pero preparada: o si era llevada a la fuerza al altar, extendía las manos a Cristo entre las llamas, y en los mismos fuegos sacrílegos marcaba el trofeo del Señor vencedor: ahora insertaba su cuello y ambas manos en los grilletes de hierro: pero ningún grillete podía encerrar miembros tan delgados.

8. ¿Nuevo género de martirio? Aún no apta para el castigo, y ya madura para la victoria: difícil de desafiar, fácil de coronar: cumplió el magisterio de la virtud, que llevaba el prejuicio de la edad. No así una novia se apresuraría al tálamo, como la virgen, alegre por el éxito, avanzó con paso rápido al lugar del suplicio, no con el cabello adornado con trenzas, sino con Cristo: no ceñida con flores, sino con costumbres. Todos lloraban, ella sin lágrimas. Muchos se maravillaban de que tan fácilmente prodigara su vida, que aún no había experimentado, como si ya la hubiera vivido. Todos se asombraban de que ya fuera testigo de la divinidad, quien aún no podía ser árbitro de sí misma por su edad. Finalmente, logró que se creyera en ella sobre Dios, a quien aún no se creía sobre el hombre. Porque lo que está más allá de la naturaleza, es del autor de la naturaleza.

9. ¿Con cuánto terror actuó el verdugo para ser temido, con cuántas blandicias para persuadirla! ¿Cuántos deseos para que llegara a las bodas? Pero ella: Y esta es una injuria al Esposo esperar a quien le plazca. Quien me eligió primero, me recibirá. ¿Por qué, verdugo, te demoras? Que perezca el cuerpo que puede ser amado por ojos que no quiero. Se mantuvo firme, oró, inclinó el cuello. Verías al verdugo temblar, como si él mismo hubiera sido

condenado: temblar la mano del ejecutor, palidecer el rostro del que temía por el peligro ajeno, mientras la niña no temía por el suyo. Tienen, pues, en una sola víctima un doble martirio, de pudor y de religión. Y permaneció virgen, y obtuvo el martirio.

CAPÍTULO III.

Se buscan las alabanzas de la virginidad desde varios puntos, pero principalmente porque mereció atraer del cielo al Verbo a la tierra; de donde después su estudio, que bajo el antiguo pacto floreció en pocos, se propagó en innumerables.

10. El amor a la integridad nos invita ahora, y tú, hermana santa, incluso con costumbres mudas y silenciosas, a que hablemos algo sobre la virginidad; para que no parezca que ha sido mencionada de paso, siendo una virtud principal. La virginidad no es laudable porque se encuentra también en los mártires, sino porque ella misma hace a los mártires.

11. ¿Quién podría comprenderla con ingenio humano, si ni siquiera la naturaleza la ha incluido en sus leyes? ¿O quién podría abarcar con voz natural lo que está por encima del uso de la naturaleza? Desde el cielo ha tomado lo que imitaría en la tierra. No sin razón buscó su modo de vida en el cielo, quien encontró a su esposo en el cielo. Esta, atravesando nubes, aire, ángeles y estrellas, encontró el Verbo de Dios en el mismo seno del Padre, y lo absorbió con todo su corazón. Pues, ¿quién, habiéndolo encontrado, dejaría tanto bien? Porque tu nombre es un unguento derramado: por eso las doncellas te amaron y te atrajeron (Cant. I, 1). Finalmente, no es mío aquello de que las que no se casan ni se dan en matrimonio serán como ángeles en el cielo (Mat. XXII, 30). Nadie, por tanto, se asombre si se comparan con los ángeles, aquellas que se unen al Señor de los ángeles. ¿Quién, entonces, negará que esta vida ha fluido del cielo, la cual no encontramos fácilmente en la tierra, sino después de que Dios descendió a estos miembros del cuerpo terrenal (IV Reg. II, 11)? Entonces en el vientre la virgen concibió, y el Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciera Dios (Mat. XVII, 3).

12. Alguien dirá: Pero también Elías se encontró libre de deseos de unión corporal. Por eso fue arrebatado al cielo en un carro, por eso aparece con el Señor en gloria, por eso vendrá como precursor de la venida del Señor (Malac. IV, 3). Y María, tomando el tamboril con pudor virginal, dirigió los coros (Exod. XV, 20). Pero consideren de quién llevaba entonces la figura. ¿No era de la Iglesia, que unió con espíritu inmaculado a los grupos religiosos del pueblo que cantaban cánticos divinos? Pues también leemos que en el templo de Jerusalén había vírgenes dedicadas. Pero, ¿qué dice el Apóstol? Estas cosas les sucedían en figura, para que fueran indicios de lo futuro (I Cor. X, 11); pues la figura está en pocos, la vida en muchos.

13. Pero después de que el Señor, viniendo a este cuerpo, unió la convivencia de la divinidad y el cuerpo sin ninguna mancha de confusión concreta, entonces se difundió por todo el mundo el uso de la vida celestial en los cuerpos humanos. Esto es lo que los ángeles ministrantes en la tierra (Mat. IV, 11) declararon que sería el género futuro, que ofrecería al Señor el ministerio de un cuerpo inmaculado. Esta es aquella milicia celestial que el ejército de ángeles que alaban prometía en la tierra. Tenemos, por tanto, la autoridad de la antigüedad desde el siglo, la plenitud de la profesión de Cristo.

CAPÍTULO IV.

Se niega que el decoro de la virginidad haya existido alguna vez entre los paganos, como en los sagrados de las Vestales de la diosa frigia y del padre Liber, e incluso entre los filósofos:

donde también se habla de la virgen pitagórica, en la que aunque se alaba la grandeza de ánimo, se echa de menos la continencia; mientras que ambas cosas destacan en nuestras vírgenes.

14. Ciertamente, esto no es común para mí con las naciones, no es popular con los bárbaros, no es habitual con los demás seres vivos: con los cuales, aunque compartimos el mismo aliento vital de este aire, participamos del estado común del cuerpo terrenal, tampoco diferimos en el uso de la generación; sin embargo, evitamos las ofensas de la naturaleza similar solo en esto, que la virginidad es deseada por las naciones, pero consagrada es violada: es atacada por los bárbaros, es desconocida por los demás.

15. ¿Quién me presenta a las vírgenes de Vesta y a las sacerdotisas de Palas? ¿Qué clase de castidad es esta, no de costumbres, sino de años: que no se prescribe por perpetuidad, sino por edad? Tal integridad es más petulante, cuya corrupción se reserva para la edad mayor. Ellos mismos enseñan a sus vírgenes que no deben perseverar, ni pueden, quienes han puesto fin a la virginidad. ¿Qué clase de religión es aquella donde se ordena a las jóvenes ser castas, y a las ancianas ser impúdicas? Pero tampoco es casta aquella que se retiene por ley: y es impúdica aquella que se libera por ley. ¡Oh misterios! ¡Oh costumbres! donde se impone la necesidad a la castidad, se da autoridad a la lujuria. Por tanto, ni es casta la que se ve obligada por miedo: ni es honesta la que se contrata por recompensa: ni es pudor aquel que, expuesto diariamente a la burla de los ojos intemperantes, es golpeado por miradas deshonestas. Se otorgan inmunidades, se ofrecen precios; como si no fuera este el mayor indicio de petulancia, vender la castidad. Lo que se promete por precio, se paga por precio: se adjudica por precio, se cuenta por precio. No sabe redimir la castidad, quien suele venderla.

16. ¿Qué diré de los sagrados frigios, en los que la impudicia es disciplina, y ojalá solo del sexo más frágil? ¿Qué de los orgías de Liber, donde el misterio de la religión es un incentivo para la lujuria? ¿Qué clase de vida pueden tener allí los sacerdotes, donde se cultiva el estupro de los dioses? Por tanto, no tienen virgen sagrada.

17. Veamos si acaso alguna de las enseñanzas de la filosofía ha formado, que suele reclamar para sí el magisterio de todas las virtudes. Se celebra una cierta virgen pitagórica en una fábula, cuando un tirano la obligaba a revelar un secreto, para que no se le pudiera extorsionar la confesión ni con tormentos, se cortó la lengua con un mordisco y la escupió en la cara del tirano; para que quien no cesaba de interrogar, no tuviera a quien interrogar.

18. Sin embargo, la misma, de ánimo fuerte, pero con el vientre hinchado, ejemplo de silencio y desbordamiento de castidad, fue vencida por los deseos, que no pudo ser vencida por los tormentos. Por tanto, quien pudo ocultar el secreto de la mente, no ocultó la vergüenza del cuerpo. Venció a la naturaleza, pero no mantuvo la disciplina. ¡Cuánto hubiera querido que en la voz existiera la defensa de su pudor! Y tal vez la paciencia la había instruido para negar la culpa. Por tanto, no invicta por todos lados; pues el tirano, aunque no pudo encontrar lo que preguntaba, sin embargo encontró lo que no preguntaba.

19. ¡Cuánto más fuertes nuestras vírgenes, que vencen incluso a los poderes que no ven: para quienes no solo hay victoria sobre la carne y la sangre, sino también sobre el mismo príncipe del mundo y el rector del siglo! Sin duda, Inés menor en edad, pero mayor en virtud, más numerosa en triunfo, más confiada en constancia, no se cortó la lengua por miedo, sino que la reservó para el trofeo. Pues no tenía nada que temer que se revelara, cuya confesión no era criminal, sino religiosa. Por tanto, aquella solo ocultó un secreto; esta probó al Señor, a quien, porque la edad aún no podía confesar, la naturaleza confesó.

CAPÍTULO V.

La patria de la virginidad es el cielo, y su autor es el Hijo de Dios: quien siendo virgen antes de la virgen, nacido de la virgen, tomó por esposa a la virgen Iglesia. De ella hemos sido recibidos todos nosotros, de cuyas dotes se mencionan algunas. Las hijas de la misma sobresalen en esto porque la virginidad no está sujeta a precepto, y porque proporciona la facultad más expedita para el culto de la piedad.

20. En los elogios suele alabarse la patria y los padres; para que con la mención del autor se exagere la dignidad de la sucesión: aunque no he asumido el elogio de la virginidad, sino su expresión; sin embargo, considero que es pertinente a la cuestión que se manifieste cuál es su patria, quién es su autor. Y primero definamos dónde está su patria. Pues si la patria está donde el domicilio natal: ciertamente en el cielo está la patria de la castidad. Por tanto, aquí es extranjera, allí es residente.

21. ¿Y qué es la castidad virginal, sino integridad libre de contagio? Y a quién podemos considerar su autor, sino al inmaculado Hijo de Dios, cuya carne no vio corrupción, cuya divinidad no experimentó contagio? Vean, por tanto, cuán grandes son los méritos de la virginidad. Cristo antes de la virgen, Cristo de la virgen; nacido del Padre antes de los siglos, pero nacido de la virgen por los siglos. Aquello es de su naturaleza, esto es de nuestra utilidad. Aquello fue siempre, esto quiso.

22. Contemplan también otro mérito de la virginidad: Cristo esposo de la virgen, y si se puede decir, Cristo de la castidad virginal; pues la virginidad es de Cristo, no Cristo de la virginidad. Es virgen, por tanto, la que se casó, virgen la que nos llevó en su vientre, virgen la que dio a luz, virgen la que nos alimentó con su propia leche, de la cual leemos: ¡Cuántas cosas hizo la virgen Jerusalén! No faltarán los pechos de la roca, ni la nieve del Líbano, ni se desviará el agua llevada por el viento fuerte (Jerem. XVIII, 13 y ss.). ¿Qué clase de virgen es esta que es regada por las fuentes de la Trinidad: a quien de la roca fluyen aguas, no faltan los pechos, se derraman mieles? Pero la roca es, según el Apóstol, Cristo. Por tanto, de Cristo no faltan los pechos, la claridad de Dios, el río del Espíritu. Esta es la Trinidad que riega a su Iglesia, el Padre, Cristo y el Espíritu.

23. Pero ya descendamos de la madre a las hijas. Delas vírgenes, dice el santo Apóstol, no tengo precepto del Señor (I Cor. X, 4). Si el Doctor de las naciones no lo tuvo, ¿quién pudo tenerlo? Y ciertamente no tuvo precepto, pero tuvo ejemplo. No se puede imponer la virginidad, sino desear; pues lo que está por encima de nosotros, está más en el deseo que en el magisterio. Pero quiero que estén sin preocupación, dice, pues el que está sin esposa está preocupado por las cosas del Señor, cómo agradar a Dios... y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y espíritu. Pues la que está casada piensa en las cosas del mundo, cómo agradar a su marido (I Cor. VII, 32-34).

CAPÍTULO VI.

El santo varón, al afirmar que no condena el matrimonio, sin embargo, para comparar los bienes de las mujeres y las vírgenes entre sí, primero expone los males que acompañan a la fecundidad, como los dolores del parto, las molestias de la crianza, la servidumbre al marido, el excesivo cuidado de la belleza y los adornos; luego opone a estos la mayor gracia de la forma de las vírgenes y su fecundidad más feliz; aseverando que se asemejan mucho a la Iglesia.

24. No disuado el matrimonio, pero añadido el beneficio de la virginidad. El que es débil, dice, coma legumbres (Rom. XIV, 2). Exijo una cosa, admiro otra. ¿Estás ligado a una esposa? No busques la disolución. ¿Estás libre de esposa? No busques esposa (I Cor. VII, 27). Este es el precepto para los casados. Pero, ¿qué dice de las vírgenes? Y el que casa a su virgen, hace bien: y el que no la casa, hace mejor (Ibid., 38). Aquella no peca si se casa: esta si no se casa, es eterna. Allí es remedio de la debilidad, aquí es gloria de la castidad. Aquella no es reprendida, esta es alabada.

25. Compare, si le place, los bienes de las mujeres con los últimos de las vírgenes. Aunque la mujer noble se jacte de su fecundo parto: cuanto más hijos haya engendrado, más trabaja. Cuente las consolaciones de los hijos, pero cuente también las molestias. Nace y llora. ¡Qué votos son aquellos que se lloran! Concibe y se agrava. La fecundidad comienza a traer impedimento antes que fruto. Da a luz y enferma. ¡Qué dulce es el hijo que comienza con peligro y termina en peligros, antes de ser para el dolor que para el placer! Se compra con peligros, y no se posee a voluntad.

26. ¿Qué diré de las molestias de la crianza, de la educación y del matrimonio? Estas son miserias de los felices. La madre tiene herederos, pero aumenta los dolores. Pues de las adversidades no conviene hablar, para que no tiemblen los ánimos de los padres santísimos. Mira, hermana mía, cuán grave es sufrir lo que no conviene oír. Y esto en el presente siglo. Pero vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron (Luc. XXIII, 29). Pues las hijas de este siglo se engendran y engendran: pero la hija del reino se abstiene del placer del hombre y del placer de la carne; para ser santa en cuerpo y espíritu.

27. ¿Por qué, entonces, repetir los graves servicios y la servidumbre a los maridos de las mujeres, a quienes Dios mandó servir antes que a los siervos (Gen. III, 16)? Lo cual prosigo, para que obedezcan con más indulgencia; para quienes esto, si son buenas, es recompensa de caridad: si son malas, es castigo del delito.

28. De aquí nacen los incentivos de los vicios, para que con colores buscados pinten sus rostros, mientras temen desagradar a los hombres, y del adulterio del rostro meditan el adulterio de la castidad. ¡Cuánta locura aquí, cambiar la imagen de la naturaleza, buscar la pintura; y mientras temen el juicio marital, traicionar el suyo! Pues primero pronuncia sobre sí misma, quien desea cambiar lo que nació. Así, mientras se esfuerza por agradar a otros, primero se desagrade a sí misma. ¿Qué juez, mujer, más verdadero buscamos de tu deformidad, que tú misma, que temes ser vista? Si eres hermosa, ¿por qué te escondes? Si eres deforme, ¿por qué mientes ser hermosa, sin tener gracia de tu conciencia, ni del error ajeno? Pues él ama a otra, tú quieres agradar a otro. ¿Y te enojas si ama a otra, quien es enseñado a adulterar en ti? Mala maestra eres de tu injuria. Pues incluso quien ha sufrido un proxeneta, rehúsa ser proxeneta; y aunque sea mujer vil, no peca para otro, sino para sí misma: y casi son más tolerables los crímenes en otro; pues allí se adultera la castidad, aquí la naturaleza.

29. Ya cuánto precio se necesita, para que incluso la hermosa no desagrade. De aquí cuelgan del cuello collares preciosos, de allí se arrastra por el suelo la vestidura dorada. ¿Se compra, entonces, esta apariencia, o se tiene? ¿Qué, que incluso para el olor se aplican diversas seducciones? Las orejas se cargan de gemas, se infunde otro color en los ojos. ¿Qué queda allí propio, donde tantas cosas se cambian? La mujer pierde sus sentidos, ¿y cree que puede vivir?

30. Vosotras, en cambio, bienaventuradas vírgenes, que no conocéis tales tormentos más que ornamentos: a quienes el santo pudor, teñido de vergüenza, y la buena castidad es de adorno: no sujetas a los ojos humanos, valoráis vuestros méritos por el error ajeno. Ciertamente tenéis también vosotras la milicia de vuestra belleza, a la que milita la forma de la virtud, no del cuerpo: que ninguna edad extingue, ninguna muerte puede arrebatar, ninguna enfermedad corrompe. Solo se busque a Dios como juez de la forma, quien incluso en un cuerpo menos hermoso ama las almas más hermosas. No conocéis la carga del vientre, ni el dolor del parto; y sin embargo, más numerosa es la descendencia de la piadosa mente, que tiene a todos por hijos: fecunda en sucesores, estéril en orfandades, no conoce funerales, conoce herederos.

31. Así la santa Iglesia, inmaculada en el coito, fecunda en el parto, es virgen en castidad, madre en prole. Por tanto, nos da a luz la virgen no llena de hombre, sino de espíritu. Nos da a luz la virgen no con dolor de miembros, sino con gozo de ángeles. Nos nutre la virgen no con leche del cuerpo, sino con el Apóstol (I Cor. III, 2), con el que alimentó la débil edad del pueblo creciente. ¿Qué esposa tiene más hijos que la santa Iglesia, que es virgen en los sacramentos, madre en los pueblos, cuya fecundidad también atestigua la Escritura diciendo: Porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Esai. LIV, 1)? Nuestra no tiene marido, pero tiene esposo; porque ya sea la Iglesia en los pueblos, ya sea el alma en cada uno, se casa con el Verbo de Dios, sin ningún desvío de pudor, como con esposo eterno, estéril de injuria, fecunda de razón.

CAPÍTULO VII.

Exhorta a los padres a que instruyan a sus hijas en la virginidad, y les pone ante los ojos cuántas molestias nacen del placer que buscan en los nietos. Sin embargo, niega que prohíba las bodas; al contrario, las defiende contra los herejes que las adversan: pero prefiriendo la virginidad a ellas, explica cuánta es la belleza del esposo de las vírgenes, y con qué dones las premia: luego, expuestos algunos pasajes de los Cantares para este propósito, extrae de ellos preceptos de moral y virtud acomodados a la condición de las vírgenes.

32. Habéis oído, padres, con qué virtudes debéis educar, con qué disciplinas debéis instruir a vuestras hijas; para que podáis tener a quienes, con sus méritos, rediman vuestras faltas. La virgen es un don de Dios, un regalo del padre, un sacerdocio de castidad. La virgen es la ofrenda de la madre, cuyo sacrificio diario aplaca la voluntad divina. La virgen es el vínculo indivisible de los padres, que no solicita dote, no abandona por emigración, no ofende con injurias.

33. Pero alguien desea tener nietos, y adquirir el nombre de abuelo. Primero entrega a los suyos, mientras busca a los ajenos: luego comienza a ser defraudado de los ciertos, mientras espera a los inciertos: confiere sus propias riquezas, y aún se le exige; si no paga la dote, se le reclama: si vive mucho tiempo, es oneroso. Eso es comprar un yerno, no adquirirlo, quien vende a los padres la vista de la hija. ¿Es por eso que se lleva en el vientre durante tantos meses, para que pase al poder ajeno? ¿Es por eso que se asume el cuidado de encomendar a la virgen, para que más pronto se la quite a los padres?

34. Alguien dirá: ¿Entonces disuades las bodas? Yo, en verdad, las aconsejo, y condeno a quienes han acostumbrado a disuadirlas; como quien suelo enumerar los matrimonios de Sara, Rebeca y Raquel, y de las demás mujeres antiguas, como ejemplos de virtudes singulares. Pues quien condena la unión, condena también a los hijos: y condena la sociedad del género humano llevada a través de la sucesión de generaciones. Pues, ¿cómo podría durar la edad en el siglo, si la gracia de las bodas no incitara el deseo de procrear descendencia? ¿O

cómo puede ser alabado que Isaac, inmaculado, se acercó al altar de Dios como víctima de la piedad paterna (Gen. XXI, 2), que Israel, situado en el cuerpo humano, vio a Dios (Gen. XXXII, 27), y dio nombre religioso al pueblo, cuya origen condena? Tienen, ciertamente, los hombres aunque sacrílegos, que en esto también son aprobados por los más sabios; porque al condenar los matrimonios, profesan que no debieron nacer.

35. Por tanto, no disuado las bodas, sino que enumero los frutos de la virginidad consagrada. Pues este es un don de pocas, aquel de todos. Y no puede haber virginidad, si no tiene de dónde nacer. Comparo bienes con bienes, para que más fácilmente resplandezca qué es mejor. No presento ninguna opinión mía, sino que repito la que el Espíritu Santo emitió por el profeta: Mejor es, dice, la esterilidad con virtud (Sap. IV, I).

36. Lo primero que las futuras esposas desean por encima de todo es jactarse de la belleza de sus esposos, por lo que deben admitir que son inferiores a las vírgenes sagradas, quienes son las únicas que pueden decir: "Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se derrama en tus labios" (Salmo 44, 3). ¿Quién es este esposo? No está dedicado a servicios viles, ni es arrogante por riquezas efímeras, sino que su trono es eterno. Las hijas de los reyes están en su honor. La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de la variedad de virtudes. Escucha, hija, y mira, inclina tu oído, olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; porque el Rey ha deseado tu belleza, porque Él es tu Dios (Ibid., 30 y ss.).

37. Observa cuánto te ha otorgado el Espíritu Santo a través del testimonio de las Escrituras divinas: reino, oro, belleza. Reino, ya sea porque eres la esposa del rey eterno, o porque llevas un espíritu invicto, no eres cautiva de las seducciones de los placeres, sino que dominas como una reina. Oro, porque así como ese material es más precioso cuando es probado por el fuego, así la belleza corporal de la virgen consagrada al Espíritu divino adquiere un aumento en su forma. ¿Quién puede considerar mayor belleza que la de aquella que es amada por el Rey, aprobada por el Juez, llamada por el Señor, consagrada a Dios? Siempre esposa, siempre virgen; para que ni el amor tenga fin, ni la modestia sufra daño.

38. Esta es, sin duda, la verdadera belleza, a la que nada le falta, que merece escuchar del Señor: "Eres toda hermosa, mi amiga, y no hay mancha en ti. Esposa, ven aquí desde el Líbano, ven aquí desde el Líbano, pasarás y atravesarás desde el principio de la fe, desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde las montañas de los leopardos" (Cant. IV, 7, 8). Con estos indicios se muestra la belleza perfecta e irreprochable del alma virginal, consagrada a los altares divinos, que entre los encuentros y escondites de las bestias espirituales no se inclina ante los mortales, sino que, atenta a los misterios de Dios, ha merecido el amor, cuyos pechos están llenos de alegría: "El vino alegra el corazón del hombre" (Salmo 103, 15).

39. "El olor de tus vestidos es superior a todos los aromas" (Cant. IV, 10). Y más adelante: "Y el olor de tus vestidos es como el olor del Líbano" (Ibid., 11). Observa qué progreso nos concedes, virgen. Tu primer olor es superior a todos los aromas que fueron enviados para el entierro del Salvador (Juan 19, 39); y exhala que los movimientos muertos del cuerpo, las delicias de los miembros, han perecido. Tu segundo olor es como el olor del Líbano, exhala la integridad del cuerpo del Señor, la flor de la castidad virginal.

CAPÍTULO VIII.

Explica el siguiente pasaje del Cantar de los Cantares, "Panal que destila", etc., para tomar de ahí la oportunidad de comparar a las vírgenes sagradas con las abejas.

40. Que tus obras sean como un panal de miel (Cant. IV, 11); pues la virginidad merece ser comparada con las abejas: así de laboriosa, así de casta, así de contenida. La abeja se alimenta de rocío, desconoce el concubinato, produce miel. El rocío de la virgen es la palabra divina; porque como el rocío, las palabras de Dios descienden. La pureza de la virgen es una naturaleza inmaculada. El fruto de la virgen es el fruto de los labios, sin amargura, fértil en dulzura. El trabajo es común, el fruto es común.

41. Cuánto deseo, hija, que seas imitadora de esta abejita, cuyo alimento es la flor, cuya descendencia se recoge con la boca, se compone con la boca. Imítala tú, hija. Que tus palabras no oculten ningún velo de engaño, no tengan envoltura de fraude; para que tengan pureza y estén llenas de gravedad.

42. Que la posteridad eterna de tus méritos nazca de tu boca. Y no solo para ti, sino también para muchos, acumula (pues sabes cuándo se te pedirá tu alma), no sea que, dejando los graneros llenos de trigo, que no servirán para el uso de tu vida ni para tus méritos, seas llevada a donde no puedas llevar tu tesoro. Sé rica, pues, pero para los pobres; para que los que comparten tu naturaleza, compartan también tus bienes.

43. También te muestro la flor que debes recoger, aquella que dijo: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Como un lirio entre espinas" (Cant. II, 1, 2); lo cual es un indicio evidente de que las virtudes están rodeadas por las espinas de las maldades espirituales; de donde nadie puede recoger fruto, sino quien se acerca con cautela.

CAPÍTULO VIII*.

Continúa adaptando otros pasajes del Cantar de los Cantares al argumento propuesto, y primero exhorta a la virgen a buscar a Cristo, explicando dónde se le puede encontrar; luego, describe las excelencias de Cristo según ambas naturalezas, con las cuales la Esposa es adornada y protegida; finalmente, compara a la misma con los ángeles por su castidad, y la prefiere a aquellos que fueron expulsados del cielo por su intemperancia.

44. Toma, pues, alas, virgen, pero del espíritu; para que sobrevuelas los vicios, si deseas alcanzar a Cristo: "Habita en lo alto, y mira lo humilde" (Salmo 112, 5); y su apariencia es como el cedro del Líbano, que inserta su copa en las nubes, su raíz en la tierra. Su principio es del cielo, sus frutos se producen cerca del cielo. Examina diligentemente tan buena flor, no sea que la encuentres en el valle de tu corazón; pues frecuentemente se inhala a los humildes.

45. Le gusta ser engendrado en jardines, donde Susana lo encontró mientras paseaba, preparada para morir antes que ser violada (Dan. XIII, 7). Pero, ¿cuáles son esos jardines? Él mismo lo muestra diciendo: "Jardín cerrado, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada" (Cant. IV, 12); porque en tales jardines, impresos con los sellos de la imagen de Dios, resplandece el agua de la fuente pura; para que las aguas no sean turbadas por el lodo de las guaridas de las bestias espirituales. De aquí que la modestia, encerrada por un muro espiritual, no se abra al saqueo. Así como un jardín inaccesible a los ladrones exhala la vida, arde el olivo, resplandece la rosa; para que en la vida esté la religión, en el olivo la paz, en la rosa la modestia de la virginidad consagrada. Este es el olor que el patriarca Jacob percibió cuando mereció escuchar: "He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno" (Gén.

XXVII, 27). Pues aunque el campo de los patriarcas santos estaba lleno de casi todos los frutos, aquel generó frutos con mayor esfuerzo de virtud, este flores.

46. Ármate, pues, virgen, y si deseas que tal jardín te inspire, ciérralo con preceptos proféticos. Pon guarda a tu boca, y puerta a tus labios (Salmo 140, 3); para que también tú puedas decir: "Como un manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Bajo su sombra deseé y me senté, y su fruto es dulce a mi paladar" (Cant. II, 3). "Encontré al que ama mi alma, lo sostuve y no lo dejaré" (Cant. III, 4). "Mi amado descendió a su jardín, para comer el fruto de sus manzanas" (Cant. V, 1). "Ven, amado mío, salgamos al campo" (Cant. VII, 11). "Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo" (Cant. VIII, 6). "Mi amado es blanco y rubio" (Cant. V, 10). Es conveniente que conozcas plenamente, virgen, a quien amas, y reconozcas en él todo el misterio de la divinidad innata y de la incorporación asumida. Blanco con razón, porque es el esplendor del Padre: rubio, porque es el fruto de la virgen. En él brilla y resplandece el color de ambas naturalezas. Recuerda, sin embargo, que los signos de la divinidad en él son más antiguos que los sacramentos del cuerpo; porque no comenzó en la virgen, sino que quien era, vino a la virgen.

47. Aquel separado por los soldados, aquel herido por la lanza (Mat. XXVII, 29 y ss.), para sanarnos con la sangre de la herida sagrada, te responderá ciertamente (pues es manso y humilde de corazón (Juan XIX, 34), amable a la vista): "Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluyan mis aromas" (Cant. IV, 16). Pues de todas partes del mundo ha impregnado el olor de la religión sagrada, y los miembros de la virgen amada han ardido. "Eres hermosa, mi amiga, como buena opinión: hermosa, como Jerusalén" (Cant. VI, 3). No es, pues, la belleza del cuerpo perecedero, que puede perderse por enfermedad o vejez; sino la opinión de los méritos buenos, nunca sujeta a los accidentes, lo que es el adorno de las vírgenes.

48. Y puesto que ya no eres comparable a los humanos, sino a los celestiales, cuya vida vives en la tierra, eres digna de ser comparada: recibe del Señor los preceptos que debes guardar. "Ponme como un sello", dice, "en tu corazón, como un sello en tu brazo" (Cant. VIII, 6): para que se manifiesten más claramente los signos de tu prudencia y las pruebas de tus obras, en las que resplandezca la figura de Dios, Cristo, quien igualando el ámbito de la naturaleza paterna, expresó todo lo que asumió de la divinidad del Padre. Por eso también el apóstol Pablo dice que estamos sellados en el Espíritu (Efes. I, 13); porque tenemos la imagen del Padre en el Hijo, tenemos el sello del Hijo en el Espíritu. Sellados con esta Trinidad, cuidemos diligentemente de que el depósito que hemos recibido en nuestros corazones no sea despojado por la ligereza de las costumbres o el fraude de cualquier adulterio.

49. Pero que el miedo se aleje de las vírgenes sagradas, a quienes la Iglesia, que preocupada por el éxito de su prole tierna, les otorga tantas protecciones, crece como un muro con pechos abundantes en forma de torres, hasta que, disuelta la incursión de la hostil asedio, adquiera paz para la juventud fuerte, con la protección de la virtud materna (Cant. VIII, 10). Por eso también el Profeta dice: "Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres" (Salmo 121, 7).

50. Entonces el mismo Señor de la paz, después de haber abrazado con brazos más fuertes las viñas que se le han confiado, al ver que sus sarmientos brotan, con rostro de protector, templea los vientos para los frutos nacientes, como él mismo testifica diciendo: "Mi viña está ante mí, mil para Salomón, y doscientos para los que guardan su fruto" (Cant. VIII, 12).

51. Antes dijo: "Sesenta valientes alrededor de su descendencia, armados con espadas, y entrenados en disciplinas de guerra" (Cant. III, 7, 8); aquí mil y doscientos. El número ha crecido, donde también ha crecido el fruto; porque cuanto más santo es alguien, más protegido está. Así el profeta Eliseo mostró que tenía a su disposición la protección de los ejércitos de ángeles (IV Reyes VI, 17): así Josué reconoció al jefe del ejército celestial (Josué V, 14). Pueden, pues, custodiar el fruto en nosotros, quienes también pueden luchar por nosotros. Pero para vosotras, santas vírgenes, hay una protección especial, que con pureza inmaculada guardáis el lecho sagrado del Señor. No es de extrañar que los ángeles luchen por vosotras, que militáis con las costumbres de los ángeles. La castidad virginal merece su protección, como merece su vida.

52. ¿Y qué más puedo decir sobre la alabanza de la castidad? La castidad incluso hizo a los ángeles. Quien la guardó, es un ángel: quien la perdió, es un diablo. De aquí también la religión tomó su nombre. La virgen es la que se casa con Dios: la meretriz, la que hizo dioses. Pues, ¿qué puedo decir de la resurrección, cuyos premios ya poseéis? "En la resurrección no se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en el cielo" (Mat. XXII, 30). Lo que se nos promete, lo tenéis presente, y el uso de nuestros deseos está en vosotras. Sois de este mundo, y no estáis en este mundo. El siglo os mereció tener, pero no pudo retener.

53. ¡Qué glorioso es que los ángeles, por su intemperancia, cayeron del cielo al mundo, y las vírgenes, por su castidad, ascendieron del mundo al cielo! Bienaventuradas vírgenes, a quienes no seduce la atracción de los cuerpos, ni precipita la corrupción de los placeres. El alimento de la moderación, la bebida de la abstinencia, os enseña a desconocer los vicios, quien os enseña a desconocer las causas de los vicios. La causa de pecar ha engañado incluso a los justos. De aquí que el pueblo de Dios, después de sentarse a comer y beber, negó a Dios (Éxodo XXXII, 6). De aquí que Lot ignoró y soportó el concubinato de sus hijas (Gén. XIX, 33). De aquí que los hijos de Noé, con los pies invertidos, cubrieron las vergüenzas de su padre (Gén. IX, 22): lo que el insolente vio, el modesto se avergonzó, el piadoso cubrió, ofendería si él también lo hubiera visto. ¡Cuán grande es el poder del vino, que lo que no desnudaron las inundaciones, lo desnudó el vino!

CAPÍTULO IX.

Se propone la última alabanza de la virginidad, a saber, la inmunidad de la avaricia. Con ocasión de esto, el santo Prelado recuerda a su hermana cuán grande es la felicidad de aquella que no se ve obligada a seguir el lujo y la vanidad, a los que las futuras esposas están sometidas.

54. ¿Qué es eso? ¡Cuán grande es la felicidad que ninguna codicia de poseer os inflame! El pobre pide lo que tienes, no requiere lo que no tienes. El fruto de tu trabajo es el tesoro del necesitado, y si solo tienes dos monedas, es la riqueza del que da.

54*. Escucha, pues, hermana, de cuántas cosas careces. Pues no es mi tarea enseñarte de qué debes cuidarte, ni la tuya aprenderlo; porque el uso de la virtud perfecta no necesita enseñanza, sino que instruye. Observa cómo camina, semejante a los desfiles de pompas, aquella que se arregla para agradar, atrayendo hacia sí las miradas y rostros de todos, más fea por el mismo hecho de querer agradar; pues primero desagrada al pueblo antes de agradar al esposo. Pero en vosotras, el descuido del adorno es más decoroso: y el mismo hecho de que no os adornéis, es un adorno.

55. Observa las orejas laceradas por las heridas, y compadécete del peso que oprime el cuello. No son alivios de las penas las diferencias de los metales. De aquí que el cuello es oprimido por la cadena, de allá el pie es encerrado por el grillete. No importa si el cuerpo es cargado de oro o de hierro. Así se oprime el cuello, así se carga el paso. El precio no ayuda; salvo que vosotras, mujeres, teméis que la pena se pierda. ¿Qué importa si una sentencia ajena o la vuestra os condena? De aquí que sois más miserables que aquellos que son condenados por derecho público, porque ellos desean ser liberados, vosotras ser atadas.

56. ¡Qué miserable es esa condición, que como una forma de esclavo en venta, la futura esposa es subastada; para que quien gane con el precio, la compre! Sin embargo, los esclavos son vendidos de manera más tolerable, pues a menudo eligen a sus amos: si la virgen elige, es un crimen; si no elige, es una afrenta. Aunque sea hermosa y decorosa, teme y desea ser vista: desea, para venderse más caro: teme, no sea que lo que se ve la deshonre. ¡Cuántas burlas de los deseos, y cuántos temores inciertos ante los pretendientes, no sea que el pobre se burle, el rico desprecie, el hermoso ridiculice, el noble rechace!

CAPÍTULO X.

A los que objetan que las frecuentes exhortaciones de Ambrosio a la virginidad no tienen fruto, les presenta ejemplos de otras vírgenes, así como de las mauritanas y boloñesas: pero especialmente alaba las virtudes de estas últimas y su ardor por propagar la virginidad.

57. Alguien dirá: Tú nos cantas diariamente las alabanzas de las vírgenes. ¿Qué puedo hacer yo que canto lo mismo todos los días y no logro nada? Pero no es culpa mía. De hecho, vienen vírgenes de Plasencia para ser consagradas, vienen de Bolonia, vienen de Mauritania, para ser veladas aquí. Veis que es algo grande. Aquí trato, y en otros lugares persuado. Si es así, tratemos en otros lugares, para persuadiros a vosotras.

58. ¿Qué, que incluso quienes no me escuchan, me siguen: quienes me escuchan, no me siguen? Pues he conocido a muchas vírgenes que desean, y son impedidas incluso de salir por sus madres, y lo que es más grave, por viudas, con quienes tengo este discurso. Si vuestras hijas quisieran amar a un hombre, por las leyes podrían elegir a quien quisieran. ¿A quienes, pues, se les permite elegir a un hombre, no se les permite elegir a Dios?

59. Contemplad cuán dulce es el fruto de la castidad, que incluso ha impregnado los afectos bárbaros. Desde las partes más remotas de Mauritania, más allá y más acá, las vírgenes traídas desean ser consagradas aquí; y aunque todas las familias estén en cadenas, la castidad no sabe ser cautiva. Profesa el reino de la eternidad, quien lamenta la injuria de la servidumbre.

60. Pues, ¿qué puedo decir de las vírgenes boloñesas, en un fecundo ejército de pudor, que renunciando a las delicias mundanas, habitan el santuario de la virginidad? Sin compañía masculina, avanzadas en el pudor de la compañía, al número de veinte y al fruto de cien, dejando la hospitalidad de los padres, se dirigen a las tiendas de Cristo, soldados incansables de la castidad: ahora resuenan con cánticos espirituales, ahora ejercen su sustento con obras, también buscan con la mano el sustento para la liberalidad.

61. Pero si el olor de las vírgenes ha impregnado la búsqueda (pues más que otros, los cazadores de pudor exploran la presa), con todo el rastro de sus cuidados persiguen la presa oculta hasta los mismos lechos: o si un vuelo más libre de alguna ha brillado, verás a todas levantarse con todas sus alas, resonar con sus plumas, brillar con su aleteo; para que con un

casto coro de pudor rodeen a la que vuela, hasta que, deleitada por la compañía blanca, olvidada de la casa patria, entre en las redes del pudor y la caza de la castidad.

CAPÍTULO XI.

Aunque es deseable que los padres favorezcan a la virgen, ella es digna de mayor alabanza si el amor divino la ha instigado a este propósito a pesar de su resistencia. No debe temer, pues, ni la fuerza de los padres ni la pérdida del patrimonio; lo cual se confirma con el memorable hecho de una noble y piadosa virgen.

62. Es bueno, pues, si los esfuerzos de los padres soplan como vientos de pudor para la virgen: pero es más glorioso si el fuego de la castidad se enciende espontáneamente en la tierna edad, incluso sin los antiguos nutrientes. Los padres negarán la dote: pero tienes un esposo rico, cuyo tesoro te contenta, no busques las ganancias de la sucesión patria. ¡Cuánto más valiosa es la casta pobreza que las ganancias dotalicias!

63. Y sin embargo, ¿alguna vez habéis oído de alguien que, por el deseo de integridad, haya sido desheredada de la sucesión legítima? Los padres se oponen: pero desean ser vencidos. Resisten al principio, porque temen creer: se indignan frecuentemente, para que aprendas a vencer: amenazan con la abdicación, para probar si puedes no temer la pérdida del mundo: te halagan con seducciones buscadas, para ver si las variadas blandicias de los placeres pueden ablandarte. Eres probada, virgen, mientras eres forzada. Y estas son las primeras luchas que los ansiosos deseos de los padres te proponen. Vence primero, muchacha, la piedad. Si vences la casa, vences el mundo.

64. Pero supongamos que permanecen las pérdidas del patrimonio: ¿no compensan los reinos futuros del cielo las pérdidas de las facultades caducas y frágiles? Aunque si creemos en las palabras celestiales, no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos, por el reino de Dios, y no reciba siete veces más en este tiempo: y en el siglo venidero poseerá la vida eterna (Mat. XIX, 29). Confía tu fe a Dios: quien confía dinero a un hombre, préstaselo a Cristo. El buen guardián de la esperanza depositada paga el talento de tu fe multiplicado con intereses. La verdad no engaña, la justicia no defrauda, la virtud no decepciona. Pero si no creéis en el oráculo, creed al menos en los ejemplos.

65. Una joven de noble linaje en el mundo, ahora más noble ante Dios, cuando fue presionada por sus padres y parientes para casarse, buscó refugio en el altar sagrado. ¿Dónde mejor podría una virgen acudir que al lugar donde se ofrece el sacrificio de la virginidad? Pero esto no fue el fin de su audacia. Se encontraba ante el altar de Dios como una ofrenda de pudor, una víctima de castidad: a veces imponía la mano del sacerdote sobre su cabeza, pidiendo oración, a veces impaciente por la demora justa, se postraba bajo el altar. "¿Acaso un velo mejor que el altar, que santifica los velos mismos, cubrirá mi cabeza?", decía. "Más me conviene este velo flamígero, en el que Cristo, la cabeza de todos, es consagrado diariamente. ¿Qué hacéis vosotros, parientes? ¿Por qué inquietáis mi ánimo buscando aún matrimonio? Ya tengo previsto uno. ¿Ofrecéis un esposo? He encontrado uno mejor. Exagerad las riquezas que queráis, alardead de nobleza, proclamad poder: tengo a aquel con quien nadie puede compararse, rico en el mundo, poderoso en el imperio, noble en el cielo. Si tenéis tal, no rechazo la opción: si no lo encontráis, no me proveéis, padres, sino que me envidiáis."

66. Mientras los demás guardaban silencio, uno abruptamente dijo: "¿Qué si tu padre viviera, permitiría que permanecieras soltera?" Entonces ella, con mayor religiosidad y moderada

piedad, respondió: "Y tal vez por eso ha fallecido, para que nadie pueda traer impedimento." Esa respuesta sobre su padre, como un oráculo sobre sí misma, fue probada por su pronta muerte. Así, los demás, temiendo lo mismo para sí, comenzaron a favorecer lo que buscaban impedir: y la virginidad no trajo pérdida de las facultades debidas, sino que incluso recibió el beneficio de la integridad. Tenéis, jóvenes, el premio de la devoción: padres, evitad el ejemplo de la ofensa.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Ambrosio, al reconocer en este libro que los modales de las vírgenes deben ser instruidos, explica por qué ha elegido el camino de los ejemplos: de ahí, derivando de sí mismo la envidia de la presunción de la manera más modesta posible, advierte por qué ha emprendido esto por escrito en lugar de con la voz.

1. En el libro anterior quisimos (pues no pudimos) explicar cuán grande es el don de la virginidad, para que la gracia celestial del don invite por sí misma al lector. En el segundo libro conviene instruir a la virgen y educarla con las enseñanzas de los preceptos adecuados.
2. Pero como somos débiles para aconsejar y inadecuados para enseñar (pues quien enseña debe sobresalir sobre quien es enseñado), para que no parezca que hemos abandonado la tarea asumida o que nos hemos arrogado más de lo debido, pensamos que debía ser instruida más por ejemplos que por preceptos; aunque se progresa más con el ejemplo, ya que lo que ya se ha hecho no se considera difícil, y lo que ha sido probado es útil, y lo que ha sido transmitido a nosotros por un uso hereditario de la virtud paterna es religioso.
3. Si alguien nos acusa de presunción, que acuse más bien de diligencia; porque a las vírgenes que lo pedían, ni siquiera esto pensé que debía negarse. Preferí ser llevado al peligro de la modestia, que no obedecer la voluntad de aquellas cuyos estudios incluso nuestro Dios se complace en consentir con benevolencia.
4. Pero tampoco puede notarse presunción, ya que teniendo de dónde aprender, buscaron más mi afecto que mi enseñanza: y la diligencia puede ser excusada; ya que teniendo la autoridad de un mártir para la observancia de la disciplina, no juzgué superfluo derivar la dulzura de mi discurso hacia el atractivo de la profesión. Es fácil enseñar a aquel que con afecto severo reprime los vicios: nosotros, que no podemos enseñar, halaguemos.
5. Y como muchas ausentes deseaban el uso de mi discurso, compuse este volumen: para que, llevando consigo el don de mi voz, no creyeran que faltaba quien tenían. Pero sigamos con lo propuesto.

CAPÍTULO II.

Se propone a las vírgenes el ejemplo de María, cuyas diversas virtudes se enumeran: castidad, humildad, austeridad de vida, amor al retiro; esta virtud, probada con el testimonio evangélico, también se recomienda su piedad hacia los parientes, su diligencia en aprender y su afán por acudir al templo. Finalmente, se narra cómo, adornada con tantos dones, se encontrará con innumerables vírgenes y las conducirá, no sin un magnífico triunfo, al tálamo del Esposo y a los altares celestiales, a los que fueron semejantes por su castidad.

6. Sea, pues, para vosotras la vida de María como una imagen descrita de la virginidad, de la cual resplandezca como un espejo la apariencia de la castidad y la forma de la virtud. De aquí podéis tomar ejemplos de vida, donde como en un modelo se muestran las enseñanzas expresas de la probidad, lo que debéis corregir, lo que debéis formar, lo que debéis mantener.

7. El primer ardor de aprender es la nobleza del maestro. ¿Qué más noble que la Madre de Dios? ¿Qué más espléndido que aquella que el Esplendor eligió? ¿Qué más casto que aquella que generó un cuerpo sin la contaminación del cuerpo? Pues, ¿qué diré de las demás virtudes de ella? Era virgen no solo de cuerpo, sino también de mente, que no adulteraba su sincero afecto con ningún engaño: humilde de corazón, grave en palabras, prudente de ánimo, parca en hablar, más estudiosa en leer: no poniendo su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en la oración de los pobres: atenta al trabajo, modesta en el discurso, acostumbrada a buscar como juez de su mente no al hombre, sino a Dios: no herir a nadie, desear el bien a todos, levantarse ante los mayores, no envidiar a los iguales, huir de la jactancia, seguir la razón, amar la virtud. ¿Cuándo ofendió a sus padres con su semblante? ¿Cuándo discrepó de sus parientes? ¿Cuándo despreció al humilde? ¿Cuándo se burló del débil? ¿Cuándo evitó al necesitado; acostumbrada a visitar solo a aquellos hombres que la misericordia no avergonzaba, ni la modestia pasaba por alto? Nada severo en sus ojos, nada insolente en sus palabras, nada indecoroso en su actuar: ni un gesto más frágil, ni un paso más suelto, ni una voz más petulante; de modo que la misma apariencia del cuerpo fuera imagen de su mente, figura de probidad. Pues una buena casa debe reconocerse en el mismo vestíbulo, y desde la primera entrada mostrar que no hay oscuridad oculta dentro; para que nuestra mente, no impedida por barreras corporales, brille afuera como una luz colocada dentro.

8. ¿Qué diré de la parquedad en los alimentos, de la abundancia de sus oficios: lo uno superando la naturaleza, lo otro casi faltando a la misma naturaleza: allí ningún tiempo interrumpido, aquí días de ayuno duplicados? Y si alguna vez surgía el deseo de reponerse, el alimento era a menudo el que se encontraba, que alejaba la muerte, no el que proporcionaba delicias. Dormir no era antes un deseo que una necesidad; y sin embargo, cuando el cuerpo descansaba, el alma velaba: que frecuentemente en sueños repetía lo leído, o continuaba lo interrumpido por el sueño, o realizaba lo dispuesto, o predecía lo que debía hacerse.

9. No sabía salir de casa, salvo cuando acudía a la Iglesia, y esto mismo con sus padres o parientes. Ocupada en el secreto doméstico, acompañada en el foro; sin embargo, sin mejor guardián de sí misma que ella misma: que venerable en su andar y hablar, no tanto levantaba la huella de su pie, como elevaba el paso de su virtud. Para que, aunque la virgen tenga otros guardianes de sus miembros, de sus costumbres sea ella misma su guardiana: habrá más de quienes aprender, si ella misma se enseña, que tiene virtudes como maestras: porque todo lo que haga, es disciplina. Así María atendía a todos, como si fuera advertida por muchos: así cumplía todos los deberes de la virtud, que no tanto aprendía, como enseñaba.

10. Así la mostró el evangelista, así la encontró el ángel, así la eligió el Espíritu Santo. ¿Por qué detenerme en cada una de sus cualidades, para que los padres la amaran, los extraños la alabaran, que fue digna de que de ella naciera el Hijo de Dios? Fue hallada en casa en los aposentos interiores, sin compañía, para que nadie interrumpiera su intención, para que nadie la molestara; pues no deseaba compañeras femeninas, quien tenía buenas pensamientos como compañeras. Incluso entonces se sentía menos sola cuando estaba sola. Pues, ¿cómo sola, quien tenía tantos libros presentes; tantos arcángeles, tantos profetas?

11. Finalmente, Gabriel la encontró cuando solía visitarla: y María, al ver al ángel, se turbó por su apariencia como si fuera un hombre, pero al oír su nombre lo reconoció. Así, se sintió extraña ante el hombre, pero no ante el ángel; para que reconozcas oídos religiosos, ojos modestos. Finalmente, saludada, enmudeció, y llamada, respondió: pero lo que primero turbó su afecto, después prometió obediencia.

12. Cuán religiosa fue con sus parientes, lo indica la Escritura divina. Pues se hizo más humilde cuando se supo elegida por Dios, y de inmediato fue a su pariente en las montañas: no para creer por el ejemplo, quien ya había creído por el oráculo: "Bienaventurada", dice, "la que creyó". Y permaneció con ella tres meses. En tan largo intervalo de tiempo no se busca la fe, sino que se muestra la piedad. Y esto después de que el niño saltó en el vientre de su madre al saludar al Señor, más compuesto por devoción que por naturaleza.

13. Desde entonces, con tantos signos siguientes, cuando la estéril dio a luz, la virgen concibió, el mudo habló, el mago adoró, Simeón esperó, las estrellas anunciaron, María se movía al entrar, pero permanecía inmóvil ante el milagro: "Conservaba", dice, "todas estas cosas en su corazón". Aunque madre del Señor, deseaba aprender los preceptos del Señor: y quien había engendrado a Dios, sin embargo, deseaba conocer a Dios.

14. ¿Qué, que cada año iba a Jerusalén en el día solemne de la Pascua, y iba con José? En toda virgen, la compañía de las virtudes individuales es el pudor. Este debe ser indivisible de la virginidad, sin el cual no puede haber virginidad. Por lo tanto, María no salió al templo sin el guardián de su pudor.

15. Esta es la imagen de la virginidad. Pues tal fue María, que su vida única es la disciplina de todas. Si, por lo tanto, el autor no desagrada, aprobemos la obra; para que cualquiera que desee para sí el premio de ella, imite su ejemplo. ¿Cuántas especies de virtudes brillan en una sola virgen? El secreto de la modestia, el estandarte de la fe, el servicio de la devoción: virgen dentro de la casa, compañera en el ministerio, madre en el templo.

16. ¡Oh, cuántas vírgenes encontrará, cuántas llevará al Señor, diciendo: Esta guardó el lecho de mi Hijo, esta conservó los tálamos nupciales con immaculado pudor! Así como el mismo Señor las encomendará al Padre; repitiendo sin duda su dicho: Padre santo, estas son las que guardé para ti, en las que el Hijo del Hombre reclinó su cabeza; pido que donde yo estoy, también ellas estén conmigo. Pero si no deben beneficiarse solo a sí mismas, quienes no vivieron solo para sí: estas rediman a sus padres, estas a sus hermanos. Padre justo, el mundo no me conoció, pero estas me conocieron, y no quisieron conocer al mundo.

17. ¡Qué pompa aquella, cuánta alegría de los ángeles aplaudiendo, que merezca habitar en el cielo, quien vivió en el mundo con vida celestial! Entonces también María, tomando el tamboril, animará los coros virginales cantando al Señor que atravesaron el mar del mundo sin las olas mundanas. Entonces cada una exultará diciendo: "Y entraré al altar de mi Dios, y al Dios que alegra mi juventud. Ofrezco a Dios sacrificio de alabanza, y cumplo mis votos al Altísimo."

18. Pues no dudaría que los altares de Dios estén abiertos para vosotras, cuyas mentes confiadamente llamaría altares, en los que diariamente Cristo es inmolado por la redención del cuerpo. Pues si el cuerpo de la virgen es templo de Dios, ¿qué es el alma, que como cenizas de los miembros agitadas, cubierta por la mano del sacerdote eterno, exhala el vapor del fuego divino? Bienaventuradas vírgenes, que exhaláis tan inmortal gracia, como jardines con flores, como templos con religión, como altares con sacerdote.

CAPÍTULO III.

Así como María es ejemplo para formar la vida, así Tecla es ejemplo para enfrentar la muerte. Se dice que esta, condenada a las bestias, no solo no sufrió daño, sino que fue cuidada y adorada por ellas. Pero para que los ejemplos anteriores no desanimen, se propone narrar un ejemplo más reciente.

19. Por lo tanto, que la santa María enseñe la disciplina de la vida, y Tecla enseñe a ser inmólada: quien, huyendo del matrimonio y condenada por la furia del esposo, cambió incluso la naturaleza de las bestias por la veneración de la virginidad. Pues preparada para las fieras, cuando también evitaba la mirada de los hombres, y ofrecía sus partes vitales al león feroz, hizo que quienes habían llevado ojos impúdicos, los devolvieran castos.

20. Se podía ver a la bestia lamiendo sus pies, acostada en el suelo, testificando con mudo sonido que no podía violar el sagrado cuerpo de la virgen. Por lo tanto, la bestia adoraba su presa: y olvidada de su propia naturaleza, había asumido la naturaleza que los hombres habían perdido. Se podía ver a los hombres revestidos de ferocidad, ordenando la crueldad a la bestia: la bestia besando los pies de la virgen, enseñando lo que los hombres debían hacer. Tanto tiene la virginidad de admiración, que incluso los leones la admiran. No los doblegó el hambre, no los arrastró el ímpetu, no los irritó la ira, no los engañó el uso acostumbrado, no los poseyó la naturaleza feroz. Enseñaron religión al adorar al mártir: enseñaron también castidad, al besar solo las plantas de la virgen, con los ojos hundidos en la tierra, como avergonzados, para que ningún macho, ni siquiera bestia, viera a la virgen desnuda.

21. Alguien dirá: ¿Por qué trajiste el ejemplo de María, como si pudiera encontrarse una madre del Señor que pueda imitarse? ¿Por qué también el de Tecla, a quien instruyó el Doctor de las naciones? Da un maestro de este tipo, si buscas una discípula. Propongo un ejemplo reciente de este tipo para vosotras, para que entendáis que el Apóstol no es maestro de una sola, sino de todas.

CAPÍTULO IV.

Una virgen de Antioquía, al negarse a sacrificar a los ídolos, fue condenada a un burdel, de donde, con la ayuda de un soldado cristiano, intercambiando sus vestiduras, escapa sin daño a su pudor; pero cuando él era llevado al suplicio por ello, ella regresó inmediatamente, y con firmeza disputó con él la palma, con la que finalmente ambos fueron premiados.

22. En Antioquía, recientemente, hubo una virgen que evitaba la vista pública: pero cuanto más evitaba los ojos de los hombres, más los encendía. Pues la belleza oída y no vista se desea más, con dos estímulos de las pasiones, el amor y el conocimiento: ya que no aparece nada que desagrade, y se piensa que hay más de lo que agrada, lo que no explora el ojo del juez, sino que el alma amante desea. Así, la santa virgen, para que no se alimentaran más las pasiones con la esperanza de poseerla, profesó la integridad de su pudor, apagando así las llamas de los impíos, para que ya no fuera amada, sino traicionada.

23. He aquí la persecución. La joven, sin saber huir, ciertamente temerosa de caer en las trampas del pudor, preparó su ánimo para la virtud: tan religiosa, que no temía la muerte: tan casta, que la esperaba. Llegó el día de la corona. La mayor expectativa de todas. Se presenta a la joven, profesando un doble combate, de castidad y de religión. Pero cuando vieron la constancia de su profesión, el temor de su pudor, preparada para los tormentos, avergonzada ante las miradas, comenzaron a idear cómo, con la apariencia de castidad, eliminar la

religión; para que, cuando le hubieran quitado lo que era más, también le arrebataran lo que quedaba. O sacrificaba la virgen, o era prostituida en un burdel. ¿Cómo adoran a sus dioses, quienes así se vengan: o cómo viven ellos mismos, quienes así juzgan?

24. Aquí la joven no dudaba de la religión; pero temía por su pudor, pensando para sí misma: ¿Qué hacemos? Hoy o mártir, o virgen: se nos envidia una corona. Pero tampoco se reconoce el nombre de virgen, donde se niega al autor de la virginidad. Pues, ¿cómo virgen, si adoras a una prostituta: cómo virgen, si amas a los adúlteros, cómo virgen, si buscas el amor? Es más tolerable tener la mente virgen que la carne. Ambos bienes, si es posible: si no es posible, al menos seamos castas no para el hombre, sino para Dios. Y Rahab fue prostituta, pero después de creer en Dios, encontró la salvación. Y Judit se adornó para agradar al adúltero; pero como lo hacía por religión, no por amor, nadie la juzgó adúltera. El ejemplo tuvo buen éxito. Pues si aquella que se entregó a la religión, conservó su pudor y su patria; tal vez también nosotras, guardando la religión, guardaremos también la castidad. Pues si Judit hubiera querido preferir la castidad a la religión, perdida la patria, también habría perdido la castidad.

25. Así, informada por tales ejemplos, teniendo en su mente las palabras del Señor, que dice: "Quien pierda su vida por mí, la encontrará"; lloró, calló, para que ni siquiera hablando la oyeran el adúltero: no eligió la injuria del pudor, sino que rechazó a Cristo. Considerad si pudo adúlterar su cuerpo, quien ni siquiera adúlteró su voz.

26. Hace tiempo que mi discurso se avergüenza, y casi teme abordar y explicar la serie criminal de los hechos. Cerrad el oído, vírgenes. La joven de Dios es llevada al burdel. Pero abrid el oído, vírgenes. La virgen de Cristo puede ser prostituida, no puede ser adulterada. Dondequiera que esté la virgen de Dios, es templo de Dios: ni los burdeles deshonran la castidad, sino que la castidad también borra la infamia del lugar.

27. Se produce un gran tumulto de libertinos hacia el burdel. Aprended los milagros de los mártires, santas vírgenes, desaprended los nombres de los lugares. Se cierra dentro la paloma, afuera graznan los halcones: compiten entre sí, quién primero invadirá la presa. Pero ella, con las manos levantadas al cielo, como si hubiera llegado a una casa de oración, no a un albergue de lujuria: "Cristo", dice, "que domaste a los leones feroces para el virgen Daniel, puedes también domar las mentes feroces de los hombres. El fuego roció a los caldeos, el agua se suspendió para los judíos, por tu misericordia, no por su naturaleza. Susana, al fijar la rodilla para el suplicio, triunfó sobre los adúlteros: se secó la mano que violó las ofrendas de tu templo: ahora se toca tu mismo templo; no permitas el incesto del sacrilegio, quien no permitiste el robo. Bendito sea ahora tu nombre; para que quien vino al adulterio, se vaya virgen."

28. Apenas había completado su oración, y he aquí que un hombre con apariencia de soldado terrible irrumpió. ¿Cómo temió la virgen a aquel a quien el pueblo tembloroso cedió? Pero ella, no olvidando la lectura: "Y Daniel", dice, "vino a presenciar el suplicio de Susana: y a quien el pueblo condenó, uno absolvió." También en este puede ocultarse una oveja bajo el disfraz de lobo. Cristo también tiene sus soldados, quien también tiene legiones. O tal vez entró un verdugo. No temas, alma, tal suele hacer mártires. ¡Oh virgen, tu fe te ha salvado!

29. A lo cual el soldado respondió: No temas, hermana. He venido aquí para salvar un alma, no para perderla. Sálvame, para que tú también te salves. Si quieres, entraré como un adúltero, pero saldré como un mártir. Cambiemos nuestras vestimentas; las tuyas me convienen a mí, y las mías a ti: pero ambas son para Cristo. Tu vestimenta me hará un

verdadero soldado, y la mía te hará una virgen. Tú te vestirás bien, y yo me despojaré mejor, para que el perseguidor me reconozca. Toma el hábito que oculta a la mujer: entrega el que consagra al mártir. Ponte la capa que oculte los miembros de la virgen y preserve la modestia. Toma el gorro que cubra el cabello y oculte el rostro. Suelen sonrojarse quienes han entrado en un burdel. Sin embargo, cuando salgas, no mires atrás, recordando a la esposa de Lot, quien perdió su naturaleza porque, aunque miró con ojos castos, miró a los impúdicos (Gén. XIX, 26). No temas que algo se pierda en el sacrificio. Yo me ofrezco a Dios como víctima por ti, y tú por mí como soldado de Cristo. Tienes una buena milicia de castidad, que milita con recompensas eternas: la coraza de la justicia, que encierra el cuerpo con una defensa espiritual: el escudo de la fe, con el cual repelerás la herida: el yelmo de la salvación; porque allí está la protección de nuestra salvación, donde está Cristo: porque la cabeza de la mujer es el hombre, y de la virgen, Cristo.

30. Y mientras decía estas palabras, se quitó la capa. Sin embargo, el hábito aún sospechoso tanto del perseguidor como del adúltero. La virgen ofrecía su cuello, el soldado la capa. ¡Qué pompa, qué gracia, cuando en el burdel competían por el martirio! Añádase a las personas, el soldado y la virgen, es decir, diferentes entre sí por naturaleza, pero semejantes por la misericordia de Dios; para que se cumpla el oráculo: Entonces los lobos y los corderos pastarán juntos (Isaías LXV, 25). He aquí que la oveja y el lobo no solo pastan juntos, sino que también son inmolados. ¿Qué más? Cambiado el hábito, la joven vuela del lazo, ya no con sus propias alas, sino llevada por las espirituales: y (lo que ningún siglo ha visto jamás) sale del burdel una virgen, pero de Cristo.

31. Pero aquellos que veían con los ojos, y no veían, como rapaces hacia la oveja, como lobos rugían hacia la presa. Uno que era más desvergonzado entró. Pero cuando con los ojos captó la realidad: ¿Qué es esto?, dijo. Una joven entró, parece un hombre. He aquí que no es una fábula aquella de la cierva por la virgen, sino lo que es verdad, un soldado de una virgen. Incluso había oído y no creía que Cristo convirtió el agua en vino (Juan II, 9): ya comenzó a cambiar también el sexo. Retirémonos de aquí, mientras aún somos lo que fuimos. ¿Acaso también yo he cambiado, que veo algo diferente de lo que creo? Vine al burdel, veo una fianza: y sin embargo, saldré cambiado, saldré casto, quien entré como adúltero.

32. Como testimonio del hecho, porque se debía una corona tan grande al vencedor, fue condenado en lugar de la virgen, quien fue capturado por la virgen. Así, del burdel no solo salió una virgen, sino también mártires. Se dice que la joven corrió al lugar del suplicio, compitiendo ambos por la muerte, cuando él decía: Yo soy el que debe ser matado, la sentencia te absolvió cuando me detuvo. Pero ella comenzó a clamar: No te elegí como garante de muerte, sino que deseé un protector de la pureza. Si se busca la pureza, el sexo permanece: si se exige sangre, no necesito un fiador, tengo con qué pagar. En mí se dictó esta sentencia, que fue dictada por mí. Ciertamente, si te hubiera dado como fiador de dinero; y en mi ausencia, el juez hubiera adjudicado tu patrimonio al prestamista; con la misma sentencia me reclamarías, con mi patrimonio pagaría tus deudas. Si me negara, ¿quién me consideraría indigna de una muerte indigna? ¡Cuánto mayor es el interés de esta vida! Moriré inocente, para no morir culpable. Aquí no hay término medio: hoy seré culpable de tu sangre, o mártir de la mía. Si regresé pronto, ¿quién se atreve a excluirme? Si me demoré, ¿quién se atreve a absolverme? Debo más a las leyes, culpable no solo de mi fuga, sino también del asesinato ajeno. Suficientes son los miembros para la muerte, que no eran suficientes para la injuria. Hay en la virgen lugar para la herida, que no había para la afrenta. Evité la deshonra, no el martirio. Te cedí la vestimenta, no cambié la profesión. Si me arrebatas la muerte, no me redimiste, sino que me engañaste. Ten cuidado, te lo ruego, de no contender, ten cuidado de no atreverte a contradecir. No arrebatas el beneficio que diste. Mientras me niegas esta

sentencia, restituyes la anterior. Pues una sentencia se cambia por una sentencia anterior. Si la posterior no me retiene, la anterior sí. Ambos podemos satisfacer la sentencia, si primero permites que me maten. En ti no tienen otra pena que ejercer: en la virgen hay una deuda de pudor. Así que serás más glorioso si pareces haber hecho de una adúltera una mártir, que haber devuelto de un mártir una adúltera.

33. ¿Qué esperáis? Dos contendieron, y ambos vencieron: ni se dividió la corona, sino que se añadió. Así, los santos mártires, confiriéndose beneficios mutuamente, una dio el principio al martirio, el otro el efecto.

CAPÍTULO V.

Se narra con alabanza el memorable hecho de dos amigos de la secta pitagórica; sin embargo, se muestra que es inferior al anterior: donde también se diserta sobre la burla de Dionisio al despojar a los ídolos, así como sobre la debilidad de los dioses al tolerar sus sacrilegios, en contraste con la severa venganza que Dios infligió a Jeroboam.

34. También los gimnasios de los filósofos ensalzan a Damon y Pythias, pitagóricos, al cielo, de los cuales uno, habiendo sido condenado a muerte, pidió tiempo para encomendar a los suyos: pero el tirano, astuto, pensando que no podría encontrarse, pidió que diera un fiador que fuera ejecutado en su lugar si él se demoraba. No sé qué es más admirable de los dos. Ambos son admirables. Uno encontró un fiador de muerte, el otro se ofreció. Así, mientras el reo se demoraba en el suplicio, el fiador, con rostro sereno, no rehusó la muerte. Cuando era llevado, el amigo regresó, ofreció su cuello, expuso su cuello. Entonces el tirano, admirado de que la amistad fuera más querida para los filósofos que la vida; pidió ser recibido en amistad por aquellos a quienes había condenado. Tal es la gracia de la virtud, que incluso inclina al tirano.

35. Digna de alabanza, pero menor que la nuestra. Pues allí ambos eran hombres; aquí una virgen, que primero venció incluso al sexo: ellos amigos, estos desconocidos: ellos se ofrecieron a un solo tirano, estos a varios tiranos, incluso más crueles, porque aquel perdonó, estos mataron: entre aquellos, una necesidad común, en estos, la libre voluntad de ambos. También estos son más prudentes, porque el fin de su estudio era la gracia de la amistad, en estos la corona del martirio; pues aquellos compitieron con los hombres, estos con Dios.

36. Y puesto que hemos mencionado este asunto, es justo relatar lo que pensaba de sus dioses, para que juzguéis más débiles a aquellos que sus propios seguidores ridiculizan. Pues cuando llegó al templo de Júpiter, ordenó quitar el manto de oro que cubría su imagen, y poner uno de lana, diciendo que el oro era frío en invierno y pesado en verano. Así ridiculizó a su dios, como si no pudiera soportar ni el peso ni el frío. El mismo, al ver la barba de oro de Esculapio, ordenó quitarla, diciendo que era incongruente que el hijo tuviera barba, mientras el padre no la tenía. El mismo quitó las copas de oro que sostenían las estatuas, alegando que debía recibir lo que los dioses daban: Porque estos son los votos de los hombres, dijo, para obtener de los dioses lo que es bueno: nada mejor que el oro: pero si es malo, los dioses no deben tenerlo: si es bueno, los hombres deben tenerlo más, que saben cómo usarlo.

37. Así fueron objeto de burla, que ni Júpiter pudo defender su vestimenta, ni Esculapio su barba, ni Apolo ha comenzado aún a pubescer, ni todos los que se dicen dioses pudieron recuperar las copas que sostenían: no tanto temiendo la acusación de robo, como careciendo de sentido. ¿Quién, pues, los adorará, que no pueden defenderse como dioses, ni esconderse como hombres?

38. Pero en el templo de nuestro Dios, cuando Jeroboam, rey muy malvado, quitaba las ofrendas que su padre había puesto, y libaba sobre el altar santo a los ídolos; ¿no se secó su mano derecha que extendió, y no le sirvieron los ídolos que invocaba? Luego, vuelto al Señor, pidió perdón, y al instante su mano, que se había secado por el sacrilegio, fue sanada por la religión (III Reyes XIII, 2 y ss.). Tan pronto fue el ejemplo en uno solo de la misericordia divina y de la indignación, que al sacrificante de repente se le quitó la mano, y al penitente se le concedió el perdón.

CAPÍTULO VI.

Conclusión del segundo libro, donde el autor, modestísimo, testifica que si ha escrito algo bueno hasta ahora, todo debe atribuirse al mérito de las vírgenes: y que su deber ha sido, antes de entregar preceptos más severos, suavizar sus ánimos con la dulzura de la oración y los ejemplos; lo cual demuestra tanto por el uso humano como por la autoridad de los códices divinos.

39. Estas cosas, santas vírgenes, os he preparado como pequeños dones, siendo aún sacerdote de menos de tres años, aunque inexperto en el uso, pero instruido por vuestros modales. Pues, ¿cuánto pudo crecer la experiencia en tan corta edad de iniciación religiosa? Si veis aquí algunas flores, recogedlas del seno de vuestra vida. No son estos preceptos para las vírgenes, sino ejemplos de las vírgenes. Nuestra oración ha pintado la imagen de vuestra virtud, veis reflejada la imagen de vuestra gravedad como en un espejo de este discurso. Si habéis infundido alguna gracia en nuestro ingenio, es vuestro todo lo que este libro exhala. Y puesto que tantas opiniones como hombres: si hay algo depurado en nuestro discurso, que todos lo lean: si algo maduro, que lo aprueben los más maduros: si algo modesto, que se adhiera a los corazones, que pinte las mejillas: si algo florido, que la edad florida no lo desaproebe.

40. Debíamos despertar el amor de la esposa; pues está escrito: Amarás al Señor tu Dios (Deut. VI, 5). Debíamos en las bodas adornar al menos con rizados los cabellos de la oración; pues está escrito: Aplaudes con la mano, y golpeas con el pie (Ezequiel XXI, 14). Debíamos esparcir rosas en los tálamos perpetuos. Incluso en estos matrimonios temporales se aplaude primero a la que se casa, antes de que se le mande; para que no ofendan antes los duros mandatos, que el amor fomentado por las caricias se arraigue.

41. La fuerza de los caballos aprende a amar el sonido del aplauso en el cuello, para no rechazar el yugo. Finalmente, primero se acostumbra a la palabra de la lascivia, que al látigo de la disciplina. Pero cuando haya sometido el cuello al yugo; y la rienda lo aprieta, y el aguijón lo urge, y los compañeros lo arrastran, y el yugo lo invita. Así también nuestra virgen debía primero jugar con amor piadoso, admirar los dorados soportes del lecho celestial en el mismo umbral de las bodas, y ver los postes coronados con guirnaldas de hojas, y absorber las delicias del coro resonante en el interior; para que no se retirara asustada del yugo del Señor, antes de inclinarse llamada.

42. Ven, pues, aquí desde el Líbano, Esposa, ven aquí desde el Líbano, pasarás y atravesarás (Cant. IV, 8). Pues este versículo debe repetirse a menudo; para que, llamada por las palabras del Señor, lo siga, si alguna no cree en las humanas. Este magisterio no lo hemos inventado, sino recibido; así lo instituyó la doctrina celestial del cántico místico: Bésame con los besos de su boca, porque tus pechos son mejores que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Ungüento derramado es tu nombre (Cant. I, 1, 2). Todo este lugar de delicias suena a juego, excita aplauso, provoca amor. Por eso, dice, las jóvenes te amaron, y te

atrajeron: corramos tras el olor de tus unguentos: El Rey me introdujo en su tabernáculo (Ibid., 3). Comenzó con besos, para llegar al tabernáculo.

43. Pero ella tan paciente de duro trabajo, y de virtud ejercitada, que abre con la mano las cerraduras, sale al campo, permanece en las aldeas; sin embargo, al principio corre tras el olor del unguento: pronto, cuando haya llegado al tabernáculo, el unguento se cambia por las aldeas. Finalmente, mira a dónde va: Si es muro, dice, edifiquemos sobre él torres de plata (Cant. VIII, 9). La que jugaba con besos, ya levanta torres; para que, fortificada con los preciosos pináculos de los santos, no solo frustré los ataques hostiles, sino que también construya baluartes seguros de méritos.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO 1.

Se refiere el discurso de Liberio al consagrar a Marcellina con el velo de la virginidad: cuyo comienzo deduce tanto de la multitud que acude a las bodas de aquel Esposo, a quien narra que deben ser alimentados, como de la conveniencia del día en que Cristo nació de una virgen, para inflamarla con amor hacia Él mediante una elegante descripción de sus perfecciones.

1. Puesto que lo que teníamos lo hemos expuesto en los dos libros anteriores, es tiempo, santa hermana, de volver a los preceptos del bienaventurado Liberio, que sueles compartir conmigo; para que cuanto más santo el varón, más grato sea el discurso. Pues él, cuando en el natalicio del Salvador en el apóstol Pedro señalabas la profesión de virginidad también con el cambio de vestimenta (¿qué mejor día que aquel en que una virgen adquirió posteridad?), estando presentes también muchas doncellas de Dios que competían entre sí por tu compañía: Buenas, dijo, hijas, bodas has deseado. ¿Ves cuánta gente ha venido al natalicio de tu Esposo, que nadie se va sin ser alimentado? Este es el que, invitado a las bodas, convirtió el agua en vino (Juan II, 9). También en ti conferirá el sacramento sincero de la virginidad, que antes eras sujeta a los viles elementos de la naturaleza material. Hoy, según el hombre, ha nacido de una virgen, pero antes de todo ha sido engendrado del Padre: que en el cuerpo refiere a la madre, en virtud al padre. Unigénito en la tierra, unigénito en el cielo: Dios de Dios, nacido de una virgen: justicia del Padre, virtud del poderoso, luz de la luz: no inferior al que engendra, no separado en poder: no confundido por la extensión o la proyección del Verbo, como mezclado con el Padre, sino como distinto del Padre por derecho de generación: él es tu hermano, sin el cual ni las cosas celestiales, ni las marinas, ni las terrestres, subsisten (Cant. V, 1). El Verbo del Padre bueno, que era, dice, en el principio: tienes su eternidad. Y era, dice, con el Padre (Juan I, 1 y ss.): tienes su virtud indiscreta del Padre, inseparable. Y el Verbo era Dios: tienes su divinidad innata; pues de un compendio debes extraer la fe.

3. A este, hija, ama, porque es bueno: Nadie es bueno sino solo Dios (Luc. XVIII, 19). Pues si no se duda que el Hijo es Dios, y Dios es bueno: ciertamente no se duda que el Hijo es Dios bueno. A este, digo, ama. Él es a quien el Padre engendró antes del Lucero, como eterno: lo engendró del vientre (Sal. CIX, 3), como Hijo: lo eructó del corazón (Sal. XLIV, 2), como Verbo. Él es en quien el Padre se complace (Mat. XVII, 5): él es el brazo del Padre, porque es creador de todo: la sabiduría del Padre (Col. II, 3), porque salió de la boca de Dios: la virtud del Padre (Cor. I, 30), porque en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad. A quien el Padre ama tanto, que lo lleva en su seno, lo coloca a su derecha, para que aprendas la sabiduría, conozcas la virtud.

4. Si, pues, Cristo es la virtud de Dios, ¿acaso alguna vez Dios estuvo sin virtud? ¿Acaso alguna vez el Padre estuvo sin Hijo? Si siempre, ciertamente Padre, ciertamente siempre también Hijo. Del Padre perfecto, el Hijo es perfecto. Pues quien desmerece a la virtud, desmerece a aquel de quien es la virtud. La divinidad perfecta no admite desigualdad. Ama, pues, a quien el Padre ama: honra a quien el Padre honra: Porque quien no honra al Hijo, no honra al Padre. Y quien niega al Hijo, tampoco tiene al Padre (Juan V, 23). Esto en cuanto a la fe.

CAPÍTULO II.

Comienza la instrucción de la virgen, enseñando qué moderación debe observarse en la bebida y la comida, y cómo deben controlarse los movimientos del alma: con ocasión de lo cual, después de relatar y criticar la fabulosa muerte y resurrección de Hipólito, finalmente aconseja evitar las comidas calientes y los banquetes.

5. Pero a veces, aunque la fe esté segura, la juventud es sospechosa. Usa, pues, un poco de vino, para no aumentar la debilidad del cuerpo, no para excitar el placer; pues dos cosas encienden por igual, el vino y la juventud. Que los ayunos frenen también la tierna edad, y la parquedad en la comida contenga con ciertas riendas las indomables pasiones. Que la razón llame, la esperanza mitigue, el miedo restrinja. Pues quien no sabe moderar sus pasiones, es como quien es arrastrado por caballos indomables, es volteado, pisoteado, desgarrado, afligido.

6. Lo que alguna vez se dice que le ocurrió a un joven por amor a Diana. Pero la fábula se adorna con mentiras poéticas, para que Neptuno, incitado por el dolor del rival preferido, se diga que infundió furia a los caballos, para que se proclame su gran poder, que no venció al joven con virtud, sino que lo engañó con fraude. Por lo cual también anualmente renuevan el sacrificio a Diana, para que un caballo sea inmolado en sus altares. A quien llaman virgen, que (lo que incluso las meretrices suelen sonrojarse) pudo amar a quien no la amaba. Pero que las fábulas tengan su autoridad por mí; porque aunque ambos sean malvados, es menos malo que un joven arda de amor por una adúltera hasta perecer, que dos, como ellos dicen, dioses compitan por adulterio: y que Júpiter venga el dolor de su hija prostituta en el médico del adúltero, porque curó las heridas de quien adulteró a Diana en los bosques, ciertamente una excelente cazadora no de fieras, sino de lujurias, pero también de fieras, para cazar desnuda.

7. Den, pues, a Neptuno el dominio de la furia, para que afirmen el crimen del amor incestuoso. Den a Diana el reino en los bosques que habitaba, para confirmar el adulterio que cometía. Den a Esculapio que resucitó al muerto, con tal de que confiesen que él mismo no escapó del rayo. Den también a Júpiter los rayos que no tuvo, para testificar los oprobios que tuvo. Pero volvamos de las fábulas al propósito.

8. Creo que también se debe usar con moderación de todas las comidas que generan calor en los miembros; pues incluso las águilas voladoras las dejan. En vosotros también, esa ave interior, de la que leemos: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5), manteniéndose en lo alto, con vuelo virginal, no debe conocer el apetito de la carne superflua. Deben evitarse las celebraciones de banquetes, deben huirse las visitas.

CAPÍTULO III.

Exhorta a evitar las visitas, a guardar la modestia, y también al silencio, siguiendo el ejemplo de María durante la celebración de los misterios: con este fin, después de mencionar el hecho de un joven pagano y la frase de un poeta profano, añade el milagro de un cierto sacerdote santo.

9. Quiero que las visitas sean más escasas entre las jóvenes, si acaso deben ser referidas a los padres o iguales. Pues la modestia se desgasta con las atenciones, la audacia resplandece, la risa se infiltra, la modestia se disuelve mientras se finge urbanidad: no responder al que pregunta es infantil; responder, es un cuento. Prefiero que a la virgen le falte conversación a que le sobre. Pues si a las mujeres se les ordena callar en la Iglesia incluso sobre asuntos divinos, y preguntar a sus maridos en casa (I Cor. XIV, 34), ¿qué precaución debemos tomar con las vírgenes, en quienes la modestia adorna la edad, el silencio recomienda la modestia?

10. ¿O acaso no es un ejemplo moderado de modestia que Rebeca, cuando iba a casarse y vio a su esposo, tomó un velo (Gen. XXIV, 65) para no ser vista antes de unirse? Y ciertamente, la hermosa virgen no temía por su belleza, sino por su modestia. ¿Qué decir de Raquel, que al recibir un beso robado, lloró y gimió, y no habría dejado de llorar si no hubiera reconocido a su pariente cercano (Gen. XXIX, 11, 12)? Así, mantuvo el deber de la modestia y no omitió el afecto de la piedad. Si al hombre se le dice: "No mires a la virgen, no sea que te escandalice" (Ecli. IX, 5), ¿qué se debe decir a la virgen consagrada, que si ama, peca en el alma, y si es amada, también en el hecho?

11. El silencio es una gran virtud, especialmente en la Iglesia. Ninguna sentencia divina de las lecturas te pasará desapercibida si prestas oído y reprimes la voz. No pronuncies palabra alguna de la que desees retractarte, sino que la confianza en hablar sea más escasa. En el mucho hablar hay abundante pecado. Al homicida se le dijo: "Has pecado, calla" (Prov. X, 19), para que no pecara más; pero a la virgen se le debe decir: "Calla, para que no peques". Pues María, como leemos, conservaba todas las cosas que se decían de su Hijo en su corazón (Luc. II, 19); y tú, cuando se lee algo que anuncia la venida de Cristo o muestra que ha venido, no interrumpas con charlas, sino presta atención. ¿Hay algo más indigno que los oráculos divinos sean interrumpidos para que no se escuchen, no se crean, no se revelen; que los sacramentos sean rodeados de voces confusas, impidiendo la oración por la salvación de todos?

12. Los gentiles muestran reverencia a sus ídolos guardando silencio. De ahí surge el ejemplo de que, mientras Alejandro, el rey de Macedonia, sacrificaba, un niño bárbaro que le encendía la luz, recibió el fuego en su brazo, y aunque su cuerpo se quemó, permaneció inmóvil, sin mostrar dolor con un gemido, ni indicar el castigo con llanto silencioso. Tal era la disciplina de reverencia en el niño bárbaro que la naturaleza fue vencida. Y él no temía a los dioses, que no existían, sino al rey. ¿Por qué temería a aquellos que, si el mismo fuego los tocara, arderían?

13. Cuánto mejor es que un joven en el banquete de su padre sea ordenado a no revelar amores ilícitos con señales insolentes. Y tú, virgen de Dios, abstente de gemidos, carraspeos, tos y risas en el misterio. Lo que él puede hacer en un banquete, ¿no puedes hacerlo tú en el misterio? Que la virginidad se señale primero con la voz, que la modestia cierre la boca, que la religión excluya la debilidad, que la costumbre forme la naturaleza. Que la gravedad de la virgen me anuncie primero, con modestia evidente, paso sobrio, rostro modesto; y que los signos de virtud precedan como precursores de la integridad. No es suficientemente probable la virgen que es buscada cuando se la ve.

14. Es un relato frecuente que, cuando el murmullo de muchas ranas perturbaba los oídos religiosos del pueblo, el sacerdote de Dios ordenó que guardaran silencio y mostraran reverencia a la sagrada oración; entonces, de repente, los ruidos circundantes cesaron. ¿Callarán, pues, los pantanos y no los hombres? Y el animal irracional reconoce por reverencia lo que ignora por naturaleza: ¿es tal la falta de modestia de los hombres que muchos no saben mostrar a la religión de las mentes lo que muestran al placer de los oídos?

CAPÍTULO IV.

Después de recitar la exhortación de Liberio, Ambrosio alaba las virtudes de su hermana, especialmente su ayuno, aunque la exhorta a moderarlo temporalmente y a cultivar su mente con ejercicios alternos, aportando ejemplos muy elegantes para ello. Además, la insta a frecuentar las oraciones, a repetir el Padrenuestro y los salmos incluso de noche, y a recitar el símbolo en las horas antes del amanecer.

15. Esto te decía el santo Liberio de memoria bendita: lo que en otros parece mayor que la verdad, en ti es menor que los ejemplos; así igualaste toda disciplina no solo con virtud, sino que la superaste con emulación. Pues tenemos el ayuno en los preceptos, pero de días individuales: tú, sin embargo, multiplicando noches y días, pasas innumerables tiempos sin alimento; y si alguna vez se te pide que tomes comida, dejas el libro por un momento y respondes de inmediato: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios" (Mat. IV, 4). El uso de las comidas es con alimentos a la mano; para que el ayuno sea deseado por el hastío de comer: bebida de la fuente, llanto en la oración, sueño en el libro.

16. Estas cosas convienen a los años jóvenes, hasta que la mente madura del tiempo se encanezca: pero cuando la virgen haya levantado el trofeo del cuerpo domado, el trabajo debe moderarse, para que la maestra se conserve igual a la edad. La vid cargada de fértiles sarmientos se quiebra rápidamente en la vejez, a menos que se reprima de vez en cuando. Sin embargo, mientras crece, que se expanda, y cuando esté envejecida, que se pade; para que no se vuelva silvestre con sarmientos, o muera extenuada por un fruto excesivo. El buen agricultor cuida la mejor vid tanto con el calor de la tierra como protegiéndola del frío, y se asegura de que no se queme con el sol del mediodía. También cultiva el campo con alternancia: o si no permite que descansa, alterna diferentes semillas, para que los campos descansen con los frutos cambiados. Tú también, virgen veterana, siembra al menos los collados de tu pecho con diferentes semillas, ahora con alimentos moderados, ahora con ayunos más escasos, lectura, trabajo, oración; para que el cambio de trabajo sea un respiro de descanso.

17. No todo el campo produce cosecha. De aquí surgen viñedos en las colinas, allí se ven olivos purpúreos, aquí rosas fragantes. A menudo, incluso dejando los arados, el agricultor fuerte ara el suelo con el dedo para plantar raíces de flores: y con manos ásperas, con las que dobla los bueyes luchadores entre los viñedos, presiona suavemente las ubres de las ovejas. Pues el campo es mejor cuanto más numeroso es el fruto. Así que tú, siguiendo el ejemplo del buen agricultor, no rompas tu tierra con arados permanentes de ayunos. Que florezca en tus jardines la rosa de la modestia, el lirio de la mente, y las violetas del sagrado sacrificio beban de la fuente. Se dice comúnmente: Lo que deseas hacer abundantemente, a veces no lo hagas. Debe haber algo que se añada en los días de Cuaresma: pero de tal manera que nada se haga por ostentación, sino por religión.

18. La oración también nos recomienda a Dios con frecuencia. Pues si el profeta dice: "Siete veces al día te alabo" (Sal. CXVIII, 164), quien estaba ocupado con las necesidades del reino; ¿qué debemos hacer nosotros, que leemos: "Velad y orad, para que no entréis en tentación" (Mat. XXVI, 41)? Ciertamente, las oraciones solemnes deben ofrecerse con acción de gracias, cuando nos levantamos del sueño, cuando salimos, cuando preparamos la comida, cuando la hemos tomado, y a la hora del incienso, y finalmente cuando nos vamos a acostar.

19. Pero incluso en el lecho mismo quiero que frecuentes los salmos con el Padrenuestro, ya sea cuando te despiertes o antes de que el sueño irrumpa en el cuerpo; para que en el mismo comienzo del descanso, libre de la preocupación de las cosas mundanas, el sueño te encuentre meditando en lo divino. Finalmente, incluso el que primero inventó el nombre de filosofía, ordenaba diariamente antes de irse a la cama que el flautista tocara melodías suaves, para calmar los corazones ansiosos por las preocupaciones mundanas. Pero él, como quien lava un ladrillo, deseaba en vano borrar lo mundano con lo mundano; pues más bien se manchaba con lodo, quien buscaba remedio en el placer: nosotros, sin embargo, limpiamos internamente nuestras mentes de toda contaminación de la carne, después de haber eliminado la suciedad de los vicios terrenales.

20. También debemos recitar especialmente el símbolo como sello de nuestro corazón en las horas antes del amanecer: al que también debemos recurrir cuando tememos algo. ¿Cuándo, sin el sacramento de la milicia, el soldado en la tienda, el guerrero en la batalla?

CAPÍTULO V.

Exhortando a derramar lágrimas con el versículo de David, enseña aquí que la palabra "lecho" puede entenderse simplemente o figuradamente, para significar nuestro cuerpo: y aprueba y confirma esta interpretación. ¿Cómo Cristo asumió el cuerpo del dolor y giró su lecho en la debilidad? Todo debe referirse en honor a Cristo, y debemos regocijarnos con alegría espiritual, no con aquella que en los banquetes llevó a la muerte de Juan Bautista.

21. ¿Quién no entendería que lo que dice el santo Profeta se refiere a nuestra instrucción, cuando dice: "Lavaré mi lecho cada noche, con mis lágrimas regaré mi lecho" (Sal. VI, 7)? Pues ya sea que entiendas el lecho literalmente, muestra tal abundancia de lágrimas profundas que el lecho debe lavarse, el lecho debe regarse con los llantos del suplicante: pues el llanto del presente es la recompensa del futuro; porque bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Luc. VI, 21): o si tomamos la declaración profética por el cuerpo, lavemos los pecados del cuerpo con las lágrimas del arrepentimiento. Pues Salomón se hizo un lecho de los maderos del Líbano, sus columnas eran de plata, su cabecera de oro, su respaldo adornado con gemas (Cant. III, 9, 10). ¿Quién es este lecho, sino la figura de nuestro cuerpo? Pues en las gemas se muestra la figura del resplandor aéreo, en el oro el fuego, en la plata el agua, en la madera la tierra: de los cuales el cuerpo humano consta de cuatro elementos, en el que reposa nuestra alma; si no se encuentra en el áspero de las montañas, no en el árido suelo sin descanso, sino elevado de los vicios, apoyado en la madera, descansa. Por eso también David dice: "El Señor le ayudará en su lecho de dolor" (Sal. XL, 4). Pues, ¿cómo puede ser un lecho de dolor, si no puede doler, si no tiene sentido? Sin embargo, el cuerpo del dolor es como el cuerpo de la muerte: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?" (Rom. VII, 24).

22. Y puesto que hemos introducido un versículo en el que hemos mencionado el cuerpo del Señor; para que no perturbe a quien lea que el Señor asumió un cuerpo de dolor, recuerde que lloró y se conmovió por la muerte de Lázaro (Juan XI, 35), y en la pasión fue herido, y de la

herida salió sangre y agua (Juan XIX, 34), y exhaló el espíritu. Agua para el lavacro, sangre para la bebida, espíritu para la resurrección. Pues Cristo es para nosotros esperanza, fe, caridad: esperanza en la resurrección, fe en el lavacro, caridad en el sacramento.

23. Sin embargo, así como asumió un cuerpo de dolor, también giró su lecho en la debilidad (Sal. XL, 4); porque lo convirtió en beneficio de la carne humana. Pues la pasión disolvió la debilidad, la muerte con la resurrección. Y sin embargo, debéis lamentar por el mundo, regocijaros en el Señor: tristes para el arrepentimiento, alegres para la gracia; aunque también es necesario llorar con los que lloran y regocijarse con los que se regocijan, como el Doctor de los gentiles prescribió con precepto saludable (Rom. XII, 15).

24. Pero quien desea resolver completamente toda cicatriz de la cuestión, acuda al mismo Apóstol: "Todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col. III, 17). Por tanto, refiramos todas nuestras palabras y hechos a Cristo, quien hizo vida de la muerte, y creó luz de las tinieblas. Pues así como el cuerpo enfermo a veces se calienta con cosas más cálidas, a veces se templea con cosas más frías; y el cambio de remedios, si se hace según el precepto del médico, es saludable: si se usurpa contra el mandato, es un aumento de la enfermedad; así, lo que se ofrece a nuestro médico Cristo, es un remedio: lo que se usurpa, es un inconveniente.

25. Por tanto, debe haber alegría de una mente bien consciente, no en banquetes desordenados, no excitada por sinfonías nupciales; pues allí la modestia es insegura, la tentación es sospechosa, donde la última danza es compañera de los placeres. Deseo que las vírgenes de Dios estén lejos de esto. Pues nadie, como dijo un cierto doctor secular, baila sobrio, a menos que esté loco. Si según la sabiduría secular, la danza es causada por la embriaguez o la locura; ¿qué debemos pensar que está previsto en los ejemplos de las Escrituras divinas cuando Juan, el precursor de Cristo, fue decapitado por la elección de una bailarina, siendo ejemplo de que la tentación de la danza causó más daño que la locura del furor sacrílego?

CAPÍTULO VI.

Mencionando al santo Precursor, describe y amplifica con gran elocuencia todos los detalles de su asesinato, para disuadir de la danza y los banquetes de los impíos.

26. Y puesto que no debe pasarse por alto la memoria de tal hombre, es importante que consideremos quién, por quiénes, por qué causa, cómo y en qué momento fue asesinado. El justo es asesinado por adúlteros, y la pena capital del crimen se convierte en juicio contra los culpables. Luego, la recompensa de la bailarina es la muerte del profeta. Finalmente (lo que incluso todos los bárbaros suelen horrorizarse) durante las comidas y banquetes se emite el edicto de consumir la crueldad: y del banquete a la cárcel, de la cárcel al banquete, se lleva a cabo el servicio del crimen mortal. ¡Cuántos crímenes hay en un solo acto!

27. Se organiza un banquete fúnebre con lujo regio, y cuando se ha explorado que una multitud mayor de lo habitual se ha reunido, la hija de la reina, con instrucciones secretas, es llevada a bailar ante los hombres (Marc. VI, 21). Pues, ¿qué podría aprender de una adúltera, sino la pérdida de la modestia? ¿Hay algo tan propenso a las lujurias como desnudar con movimientos desordenados lo que la naturaleza oculta o la disciplina ha velado, jugar con los ojos, girar el cuello, esparcir el cabello? Con razón, de allí se procede a la injuria de la divinidad. Pues, ¿qué puede haber de modestia donde se baila, se hace ruido, se aplaude?

28. Entonces el rey, dice, deleitado, dijo a la joven que pidiera al rey lo que quisiera. Luego juró que incluso si pedía la mitad del reino, se lo concedería (Ibid., 22, 23). Mira cómo los mismos seculares juzgan a sus potestades seculares, para que incluso los reinos se otorguen por una danza. Pero la joven, advertida por su madre, pidió que le trajeran en un plato la cabeza de Juan. Lo que dice: "El rey se entristeció" (Ibid., 25 y ss.); no es el arrepentimiento del rey, sino la confesión de la iniquidad: pues la costumbre de la sentencia divina es que quienes cometen impiedades se condenen a sí mismos con su propia confesión. Pero por los que estaban sentados, dice. ¿Qué más indigno que ordenar un homicidio para no desagradar a los comensales? Y por el juramento, dice. ¡Oh nueva religión! Habría sido más tolerable que hubiera perjurado. Por eso el Señor en el Evangelio ordena no jurar, para que no sea causa de perjurio; para que no haya necesidad de delinquir. Así que para no violar el juramento, se golpea al inocente (Mat. V, 34). ¿Qué horror primero, no sé. Más tolerables son los perjuros que los sacramentos de los tiranos.

29. ¿Quién no, al ver correr del banquete a la cárcel, pensaría que se había ordenado liberar al profeta? ¿Quién, digo, al escuchar que era el cumpleaños de Herodes, un banquete solemne, la opción dada a la joven de elegir lo que quisiera, no pensaría que se había enviado para la liberación de Juan? ¿Qué tiene que ver la crueldad con los placeres? ¿Qué tiene que ver la voluptuosidad con los funerales? El profeta es llevado al castigo en tiempo de banquete, por orden de banquete, que no desearía ni ser liberado: es asesinado con la espada, su cabeza es traída en un plato (Marc. VI, 27 y ss.). Este plato se debía a la crueldad, para que la ferocidad insaciable de banquetes se alimentara.

30. Mira, rey acerbísimo, espectáculos dignos de tu banquete. Extiende la mano derecha, para que no falte nada a tu crueldad; para que entre tus dedos fluyan los ríos de la sangre santa. Y puesto que el hambre de tu inaudita crueldad no pudo saciarse con banquetes, ni la sed apagarse con copas; bebe la sangre que aún fluye de las venas del cuello cortado. Observa los ojos en la misma muerte, testigos de tu crimen, que se oponen a la vista de tus placeres. Los ojos se cierran no tanto por la necesidad de la muerte, como por el horror de la lujuria. La boca dorada, aunque exangüe, cuya sentencia no podías soportar, se calla, y aún temes. Sin embargo, la lengua, que suele incluso después de la muerte cumplir con el deber del vivo, aunque con movimiento palpitante, condenaba el incesto. Esta cabeza es llevada a Herodías: se alegra, exulta, como si hubiera escapado del crimen; porque ha asesinado al juez.

31. ¿Qué decís vosotras, santas mujeres? ¿Veis qué debéis enseñar y qué debéis desaprender a vuestras hijas? Baila, pero es la hija de una adúltera. La que es casta y pura, enseñe a sus hijas religión, no danza. Y vosotros, hombres graves y prudentes, aprended a evitar los banquetes de hombres detestables. Si tales son los banquetes, ¿cómo serán los juicios de los traidores?

CAPÍTULO VII.

A la pregunta de Marcelina sobre qué pensar de aquellos que, para no caer en manos de los perseguidores, se quitan la vida, responde; y para ello presenta el ejemplo de la virgen Pelagia, así como el de su madre y hermanas, descrito con singular elegancia: a lo que añade el martirio de la beata Soteris, de quien él y Marcelina descendían.

32. Ya al final de la oración, sugieres bien, santa hermana, qué pensar de los méritos de aquellas que se precipitaron desde lo alto o se sumergieron en el río para no caer en manos de los perseguidores; cuando la Escritura divina prohíbe a los cristianos hacerse violencia a sí

mismos. Y ciertamente, sobre las vírgenes en situación de custodia, tenemos una clara afirmación, ya que existe un ejemplo de martirio.

33. Hubo una santa Pelagia en Antioquía, de unos quince años, hermana de vírgenes, y ella misma virgen. Esta, encerrada en casa al sonar la trompeta de la persecución, al verse rodeada por los asaltantes de la fe o la modestia, sin madre ni hermanas presentes, sin protección, pero más llena de Dios: "¿Qué hacemos", dice, "si no te cuidas, cautiva de la virginidad? Y es un voto, y es un miedo morir; porque la muerte no se recibe, sino que se elige. Muramos si es posible, o si no quieren permitirlo, muramos. Dios no se ofende con el remedio, y la fe aligera el acto. Ciertamente, si consideramos la fuerza misma del nombre, ¿qué fuerza es voluntaria? Esa es más bien la fuerza, querer morir y no poder. No tememos la dificultad. Pues, ¿quién quiere morir y no puede; cuando hay caminos tan inclinados hacia la muerte? Ya precipitaré las aras sacrílegas, y apagaré los fuegos encendidos con sangre. No temo que la mano derecha, desfalleciendo, no ejecute el golpe, ni que el pecho se retire del dolor. No dejaré pecado a la carne. No temeré que falte la espada. Podemos morir con nuestras propias armas, podemos morir sin el beneficio del verdugo, en el regazo de la madre.

34. Se dice que adornó su cabeza, se vistió con traje nupcial; de modo que no parecía que iba a la muerte, sino al esposo. Pero cuando los detestables perseguidores vieron que se les había arrebatado el botín de la pureza, comenzaron a buscar a la madre y a las hermanas. Sin embargo, ellas ya con vuelo espiritual alcanzaban el campo de la castidad, cuando de repente, con los perseguidores amenazando por un lado y el torrente del río impidiéndoles la fuga por el otro, quedaron encerradas para la corona: ¿Por qué tememos?, dijeron. He aquí el agua, ¿quién nos prohíbe ser bautizadas (Hechos VIII, 36)? Y este es el bautismo por el cual se perdonan los pecados, se buscan los reinos. Y este es el bautismo después del cual nadie peca. Que nos reciba el agua, que acostumbra a regenerar. Que nos reciba el agua, que hace vírgenes. Que nos reciba el agua, que abre el cielo, protege a los débiles, esconde la muerte, convierte en mártires. A ti, creador de las cosas, te rogamos, Dios, que los cuerpos exánimes no sean dispersados por el agua; que la muerte no separe los funerales de aquellas cuya vida no separó el afecto: sino que haya una constancia, una muerte, una también sepultura.

184 35. Habiendo dicho esto, y con el manto ligeramente levantado para cubrir su pudor sin impedir su paso, con las manos entrelazadas como si dirigieran coros, avanzan hacia el centro del cauce; donde la corriente es más fuerte, donde el abismo es más profundo, dirigiendo allí su paso. Ninguna retrocedió, ninguna detuvo su andar, ninguna intentó fijar su pie: ansiosas cuando la tierra se les oponía, tropezando con el vado, alegres en el abismo. Verías a la piadosa madre estrechando las manos con un nudo, alegrándose por el compromiso, temiendo por el peligro, no fuera que las olas le arrebataran a sus hijas. Estas ofrendas, dice, te inmolo, Cristo, guardianas de la castidad, guías del camino, compañeras de la pasión.

36. Pero, ¿quién con razón se maravillaría de tanta constancia en las vivas, cuando incluso las fallecidas reivindicaron la inmovilidad de sus cuerpos? Ningún cadáver fue desnudado por el agua, ni los rápidos del río los arrastraron. Incluso la santa madre, aunque carente de sentido, aún mantenía el abrazo de piedad: y el nudo religioso que había estrechado, no lo soltaba ni en la muerte; de modo que, habiendo pagado su deuda a la religión, moría con la piedad como heredera. Pues a las que había unido para el martirio, las reivindicaba hasta el sepulcro.

37. Pero, ¿por qué uso ejemplos de extranjeros contigo, hermana, a quien la sucesión inspirada de castidad hereditaria te instruyó con la infusión de un mártir como padre? ¿De dónde aprendiste, si no tenías de dónde aprender, estando en el campo, sin compañera virgen,

sin maestro que te formara? No actuaste, por tanto, como discípula, lo cual no puede hacerse sin magisterio, sino como heredera de la virtud.

38. Pues, ¿cómo podría ser que la santa Sotheris no fuera para ti autora de la mente, siendo autora de tu linaje? Quien, en la época de la persecución, elevada a la cima de la pasión incluso con las contumelias serviles, entregó al verdugo incluso su rostro, que entre los tormentos del cuerpo suele ser libre de injurias, y más bien observa los tormentos que los padece, tan fuerte y paciente, que cuando ofrecía sus tiernas mejillas al castigo, el verdugo se cansó de golpear antes de que la mártir cediera a la injuria. No inclinó el rostro, no volvió la cara: no dio gemido, no derramó lágrima. Finalmente, habiendo vencido los demás géneros de penas, encontró la espada que buscaba.